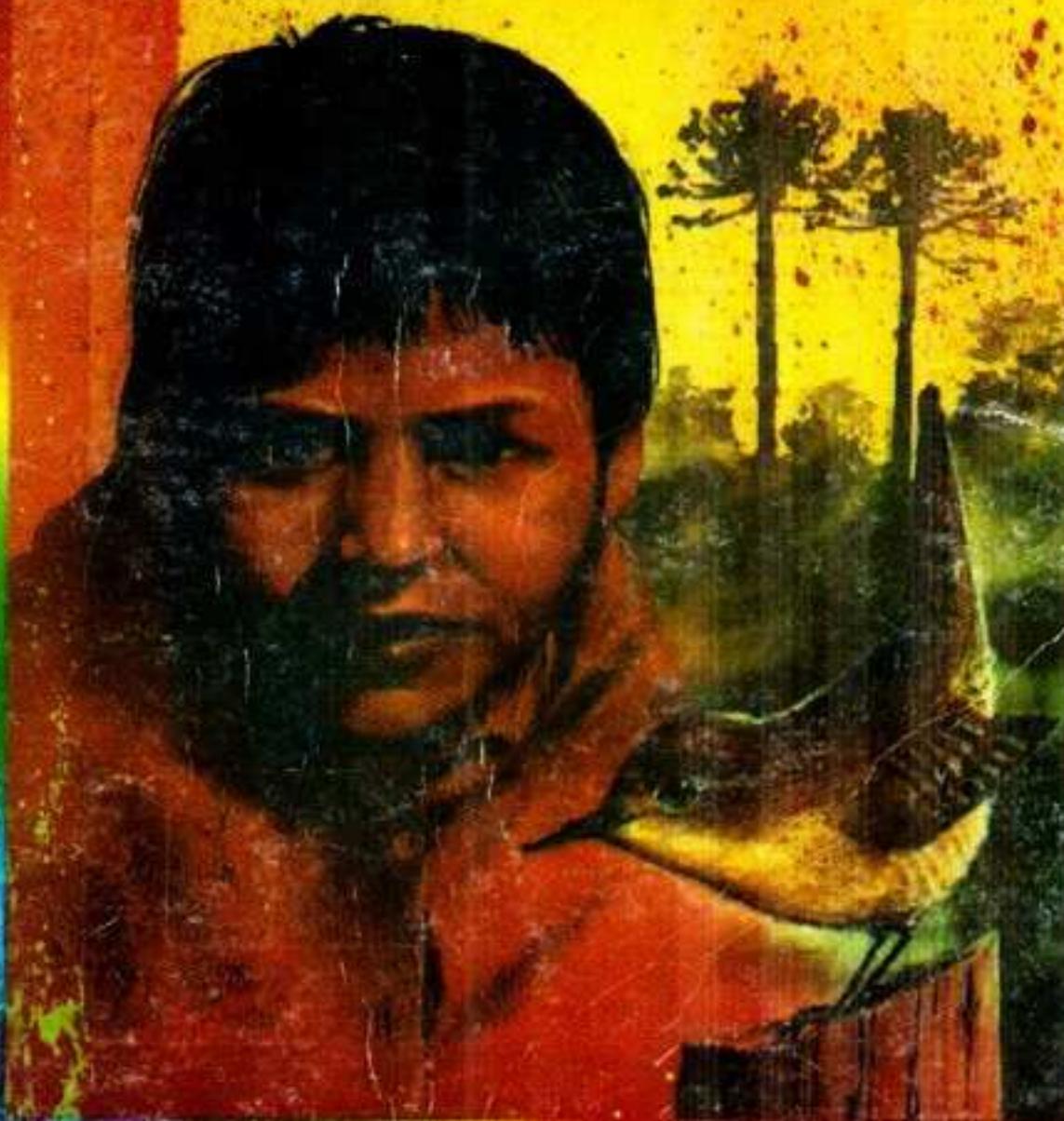


● Felipe Alliende ●

Mi amigo el Negro



*Agradecimientos a Hadesacuariano [Alvaro]
por subir este libro con la intención de
perjudicar la vista de todo niño y adulto que
pretenda leer este libro...*

Gracias Conchatumadre!!!

Índice

Mi amigo el Neuro	7
Respuesta	10
Amigo	11
Problemas con el Gottfried Soto	12
La llegada	13
Para entenderse con el Neuro	15
Las luciérnagas	18
Cosas que le pasan al Neuro	19
El cumpleaños del Neuro	20
Cómo se mata un chivo	21
El rastreador	23
La mesada	25
Vamos a buscar la chancha	26
Los diez chanchitos y el zorro	27
El chanchito perdido	29
Juegos de lenguaje	31
El papá del Neuro	33
Mi papá	35
La Blanca	38
Mi mamá	41
Satélites artificiales	44
El abuelo Juan	45
Para entender a don Juan	47

El papá viejo	49
La abuelita Adela	51
Vaca insoluta	54
Vestidos de abuelita	56
La tía Rosa	57
El tío Cosme	59
La casa del Neuro	61
El metro en Rucamanqui	64
Los pájaros carpinteros	65
Una trampa para el zorro	67
Clases de natación y de manejo	68
El OVNI que yo capturé	70
Un método para pescar truchas	71
Pescando con galpones	72
La trucha de cinco kilos	74
La pepa de oro	76
Una trampa para saltamontes	78
La balsa de Odiseo	79
El Misael	81
La visita	87
Cuando yo sea grande	89
Cuando el Neuro sea grande	91
En Santiago otra vez	96

Pasamos el verano en Rucamanqui. Ahí es un fundo y tiene 15.000 hectáreas. Rucamanqui está todo dividido en cinco partes. La más importante es la Primera, porque ahí están las casas, que son dos: una para que duerman las visitas y otra para que viva el tío Jorge, que es como el gobernador de Rucamanqui. En la Segunda están las oficinas, los talleres y el garaje de los tractores. Nosotros fuimos a la Tercera. Ahí están las mesas, junto al río. La Cuarta y la Quinta quedan lejos y no se puede llegar en Renoleta. En la Tercera, como a ocho cuadras de las mesas, vive la Blanca con sus hijos: Alfonso, la Mónica y la guagua, que apenas tiene un año y que se llama Ismael. Alfonso es el mayor, pero nadie lo conoce por Alfonso. Todos le dicen "el Negro". Y, como en Rucamanqui hablan un idioma que es un poco extranjero, resulta que le dicen "el Neuro".

Y así fue como, ahí, en la Tercera, conocí al Alfonso Olea, mi amigo, el Neuro.

MI AMIGO, EL NEURO

HACE COMO dos meses que no hablo con el Neuro. Ahora hablo con Felipe Jaramillo, que es bueno para las matemáticas. Hablo con Rodrigo Díaz, que es bueno para todo, menos para el fútbol y las bolitas. Hablo con el Claudio Alarcón, que llegó de Brasil. Hablo con la Loreto, que tuvo hepatitis, y con la Carolina que siempre me tira el pelo. Aquí en Santiago, mi mejor amigo es Claudio Alarcón.

Mientras mi hermana y yo estábamos en Rucamanqui, Claudio Alarcón estuvo en Brasil. Ahí vio muchas cosas. Junto con su papá, vio un león africano que se había comido mil personas; no se comió más, porque no le cabían. Claudio dijo también que ese león era un puma y que le decían león, no más. Otro día, Claudio Alarcón y su papá se metieron a un volcán. No les pasó nada, porque estaba seco. Pero Claudio sacó una piedra de lava y encontró una caverna de murciélagos. Ellos durmieron dentro del volcán y los murciélagos volaban por encima de sus cabezas.

También vio una piraña muy inteligente que dio vueltas a un barco. Primero, la piraña le comió el timón al barco; después, llamó a una amiga, y, entre las dos, lo dieron vueltas, porque era un barco de madera. Lo dejaron completamente destruido. Pero

el papá de Claudio Alarcón cazó la piraña y después se la comió, enterita. Todo, menos los dientes. Claudio Alarcón llegó con los dientes de la piraña y se los pone cuando juega a los vampiros. Pero, nadie, ni siquiera Claudio Alarcón, es como el Neuro, mi amigo de Rucamanqui. Lo echo mucho de menos.

El Neuro no sabe matemáticas, ni nombres de planetas. No ha salido nunca de la Tercera, no conoce a los doctores, ni a los submarinos nucleares, pero el Neuro es capaz de andar solo por la noche sin perderse entre los cerros; pasa por debajo de las matas de zarzamora sin clavarse, sabe cuando va a llover y es capaz de pegarle un pedrazo a una bandurria que pasa volando por el cielo.

Ahora estoy en el colegio aprendiendo palabras con *br*, como brusco, brote, Brígida, Briones. El Neuro debe estar durmiendo en su casa, porque ya está oscuro. Allá en Rucamanqui está lloviendo que es un gusto. Así lo vi en la televisión. Cuando salió Chillán, mostraron un paraguas que se prendía y se apagaba. El río Cholguán debe ir lleno de agua. El Neuro estará durmiendo calentito cerca de las cenizas del fogón, en su pieza con olor a tortillas al rescoldo y a harina tostada. Ahora yo me voy a ver la tele, porque dan la Mujer Biónica.

Mi papá dice que va a escribir todo lo que pasó en Rucamanqui para que yo no me olvide de mi amigo el Neuro. Yo tengo una idea mejor: le pedí a mi papá que me prestara su grabadora. Yo voy a contar todas las cosas que me pasaron, y mi papá las va a escribir. Así Uds. van a saber cómo es el Neuro y cómo son

todas las personas de la Tercera de Rucamanqui,
donde yo pasé las vacaciones junto a mi hermana,
pero sin el Gottfried Soto.



RESPUESTA

—Neuro, ¿quieres jugar a los submarinos nucleares que emergen de su base?

—¿...?

—Neuro, ¿quieres emprender un vuelo espacial en la Apolo XI?

—¿...?

—Neuro, ¿hacemos una batalla aérea con los japoneses igual que los Tigres Voladores?

—¿...?

—Neuro. Yo soy un romano y te digo: Salve, Neurus. ¿Qué me contestas tú?

—¿...?

—¡Puchas que te falta televisión!



AMIGO

—Amigo, ¿ha visto cómo nacen las diucas?

—No, Neuro. Dime cómo nacen; dime cómo nacen las diuquitas, Neuro.

—Amigo, ¿ha visto cómo los culeurones cambian de cuero?

—Estás loco, Neuro. Ningún animal cambia de cuero y, además ¿qué son los culeurones?

—Amigo, ¿ve aquel camino de conejo allá en el pasto?

—¿Qué camino, Neuro? Yo no veo ninguno.

—Amigo, ¿le gustan los digüeñes?

—¿Los qué? ¿Es algo que se come, Neuro?

—Amigo, usted no sabe ná.



PROBLEMAS CON EL GOTTFRIED SOTO

EN SANTIAGO tenemos un perro que se llama Gottfried Soto. Gottfried por lo chileno y Soto por lo alemán, porque su mamá es una perrita salchicha hija de familia y su papá, un perro forastero de generación espontánea.

Mi hermana y yo queríamos traer al Gottfried Soto a Rucamanqui; pero teníamos dos problemas tremendos: primero, los perros de la Blanca; segundo, don Domingo Soto.

Los perros de la Blanca son buenos para la pelea y mejores para las pulgas. El Gottfried Soto es aniñado, pero no sabe ni dónde tiene los dientes. Pensamos que los perros de la Blanca lo iban a llenar de pulgas, si es que no lo matan a la primera pelea.

El otro problema es don Domingo Soto. ¿Cómo le íbamos a contar que teníamos un perro con su nombre? Mi papá dice que hay que respetar a las personas y don Domingo es bien buena persona, porque siempre se para a saludarnos, nos pregunta cómo lo estamos pasando y conversa un buen rato con mi papá sobre los potreros, el tiempo y los pescados.

Si el Gottfried Soto se pone a ladrarle a don Domingo, yo no sabría cómo llamarlo. Mi hermana dice que le digamos Gottfried Ese, y se acaba el problema. Total, tuvimos que dejarlo en Santiago, por puro respeto a las personas y por miedo a las pulgas de los perros de la Blanca.

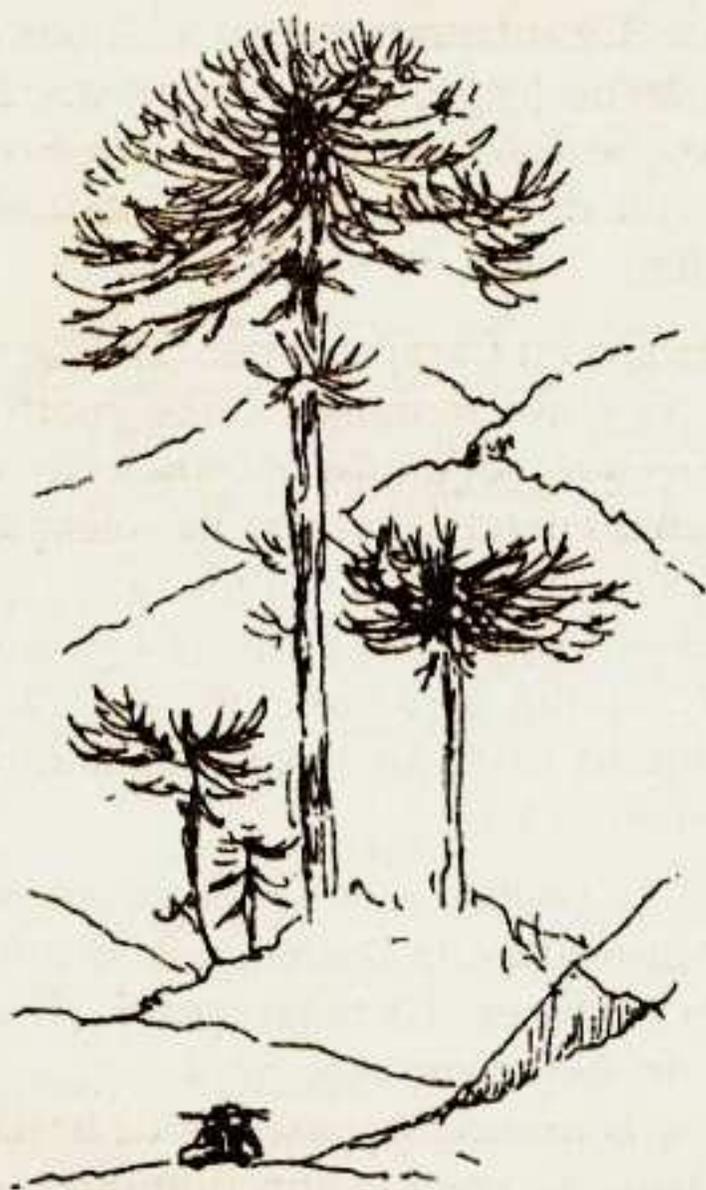
LA LLEGADA

H OY DÍA nos levantamos de noche y todo se volvió andar en auto. Pasamos por Rancagua, el Juan y Medio, Curicó y Chillán y de ahí nos fuimos derecho a Rucamanqui. Como a las seis estábamos en la casa del tío Jorge, que es el que manda más que nadie: más que don Domingo Soto, que es el jefe de la Tercera y que don Rafael Figueroa, que es el jefe de los animales.

El tío estaba en Carampangue, así que saludamos a la pura tía y nos tomamos como cuatro vasos de refresco. Después seguimos por unos caminos de tierra y por unas cuevas donde la Renoleta se quedaba enterrada. Yo echaba unas miradas a ver si encontraba al hombre nuclear, a la mujer biónica o por lo menos al Chapulín para que nos ayudaran un poco. Al final, el papá tuvo que bajar toda la carga y subir con la Renoleta vacía.

Cuando ya estaba oscuro, llegamos por fin a la Tercera. Ahí estaba don Domingo Soto, que tenía que mostrarnos el camino hasta las mesas. Mi papá subió al caballo de don Domingo Soto y él se fue en la Renoleta con la mamá. Menos mal que hasta las mesas son puras bajadas, porque don Domingo es más gordo que don Francisco.

Llegamos a un portón. Estábamos en la casa de la Blanca. Ahí vi al Neuro. Escondido entre las ramas del durazno más grande, nos miraba calladito chupando un tomate verde. La Blanca y la Mónica nos saludaron de mano y nos prometieron visita. Como la mamá y don Domingo estaban apurados, seguimos viajando hasta las mesas. El Neuro arriba del árbol seguía mirándonos y chupando su tomate.



PARA ENTENDERSE CON EL NEURO

EL NEURO habla bien poco, pero cuando habla no le entiendo. En cambio, es hartoo bueno para los gritos y para las piedras. Ahí sí que nos entendemos. Claro que el Neuro habla mejor que yo con las piedras. Es lo que se llama bueno para el peñascazo. Si uno le pregunta dónde está algo, el Neuro pone justo la piedra donde está la cosa. Si quiere mostrarme un pato correntino o un cuervo de río, pesca una piedra y la hace zumbaar por encima de la cabeza del pájaro.

Como el Neuro vive bien lejos y aquí no hay teléfono, nos entendemos con unos gritos que son unos mensajes supersecretos y funcionan mejor que un teléfono con televisor de esos que tienen en Cosmos 1999.

De todos modos, yo estoy aprendiendo a hablar en Neuro, y me estoy poniendo bien bueno para la piedra, y grito casi igual que él. Cuando no funcionan ni los gritos ni las piedras, entonces hablamos, pero él habla un idioma un poco extranjero, así que estoy haciendo un diccionario.

PAJARITA: es lo mismo que bicho. Sirve para las abejas, las lagartijas y los sapos.

COLMENA: es abeja. Por ejemplo, en Neuro se dice: Me picó una colmena.

- CALDEADO:** es caliente. Si uno deja un cuchillo a todo sol, se caldea.
- CHIVO:** es cabrito. Pata de chivo es lo mismo que pierna de cabrito asada.
- COLES:** repollos. Por ejemplo: "Los chanchos se comieron toítas las coles", quiere decir que los chanchos se entraron a la huerta y se comieron los repollos.
- PIEIRA:** es piedra.
- HUACHITA:** son la Patricia y la tía Rosa. Así les dice el abuelo Juan.
- AZÚCARE:** es azúcar, igual que ire, venire, sure y pegare.
- LANGOSTA:** es saltamontes. Hay de todos portes.
- SIPUÉ:** así dice el Neuro. Nosotros decimos: sí pus.
- LIÑE:** lingue dice que se dice mi papá.
- PUNTÚA:** pará en el hilo. La abuelita Adela dice que la Mónica es puntúa.
- CONSUMÍA:** china, de esas que se hacen en el agua.
- GUANTAÍTAS:** se las da la Blanca al Neuro. A nosotros la mamá nos da o nos ofrece unas buenas palmadas.

Al Neuro y la Mónica han visto dos veces televisión: los invitaron a la escuela para ver el Chapulín Colorado. Ellos en cambio, ven todos los días las cosas del campo: saben cuáles son gallinas y cuáles son gallos, y se ríen de mí cuando los confundo; lo mismo me pasa con las yeguas y los caballos; todavía se están matando de la risa cuando dije que el buey era el papá

del ternerito; lo que es yo no vi ningún otro papá vaca por esos lados. La Mónica y el Neuro saben el nombre de todos los árboles, plantas y pastos; ellos saben dónde viven los animales y las cosas que hacen: saben por dónde anda el zorro y conocen los caminos de los conejos. Estoy aprendiendo muchas cosas del Neuro y de la Mónica. Yo les enseñé televisión y ellos me enseñan las cosas del Sure.

Cuando vuelva de Rucamanqui voy a saber muchos idiomas: chileno, como el que habla mi papá; argentino, como el que habla mi primo Jorge Andrés; mexicano, como el Chapulín Colorado; colombiano, como mis primos de Medellín y también voy a saber hablar en Neuro, que es lo que se habla por estos lados.



LAS LUCIÉRNAGAS

CUANDO LLEGA la noche, el bosque se llena de luciérnagas. Son como chispas que se arrancan del fuego y comienzan a recorrer el mundo buscando tesoros escondidos en la noche. El otro día, José Sanhúeza pilló una luciérnaga y me la puso en la mano. Era algo así como un insecto con una ampolletita en la cabeza; brillaba sin quemarse y sin darme la corriente. Seguí caminando por el bosque con la luciérnaga en la mano, como si fuera una linterna chiquitita.

Yo creo que las luciérnagas tienen pilas atómicas y motores fórmula uno para tener la cabeza encendida. El otro día abrí una que encontré dormida y tenía puros transistores y cables de todos colores por la espalda. Así fue como descubrí que las luciérnagas son extraterrestres que andan de visita por la tierra y se pasean de noche buscando su nave espacial.

Cuando se acaben las pilas de la linterna voy a pillar una luciérnaga y le voy a preguntar cómo hacer un motor igual al que ellas tienen.

Así le voy a poner un motor a la linterna y las pilas no se van a acabar nunca.

COSAS QUE LE PASAN AL NEURO

AL NEURO las cosas le pasan de un modo distinto. A mí me pegan una palmada; al Neuro le cascan. Yo, me pego un porrazo; el Neuro se costalea. Yo paso lleno de heridas; el Neuro anda too charquiado. Yo digo, el Neuro ice. Yo tiro piedras; el Neuro le zumba una pieira a los zorzales. Yo me bajo, el Neuro se apea. Yo me doy vuelta para mirar, el Neuro voltea pal otro lado. Para mí, las cosas están lejos; para el Neuro, están puallá. El Neuro dice: pieira, Peiro, cuaira, naide. Yo levanto polvo; el Neuro deja la polvaera. Las cosas malas yo no las hago nunca más; el Neuro las hace nunquitita. Yo paso haciendo preguntas; Neuro no es preduntón, pero la Blanca dice que es perigüeño.

—¿Vamos al río, Neuro?

—Vámolo.

—¿Y nos bañamos?

—Tamién.

—¿Y qué otras cosas vamos a hacer?

—A juar, pue.

EL CUMPLEAÑOS DEL NEURO

EL NEURO estuvo ayer de cumpleaños. Yo y mi hermana fuimos a verlo y le llevamos seis regalos: cinco vasos de cumpleaños, un paquete de dulce de membrillo, un sobre de refresco de naranja, un kilo de azúcar, una parka antártica macanuda y un autito ELF de los que usa Dupailier para correr en Montecarlo. Pero al Neuro le falta mucha televisión y creyó que se trataba de un autito cualquiera. Yo creo que lo que más le gustó fue el dulce de membrillo.

Yo esperaba la torta, las velas, los globos y las sorpresas. En lugar de todo eso, la mamá del Neuro tenía unas bebidas hechas con agua y con harina tostada; las cosas de comer fueron primero una pata de chivo que se estaba asando en el fuego y después unas sopaipillas sin chancaca. Todos comimos harto chivo con las manos.

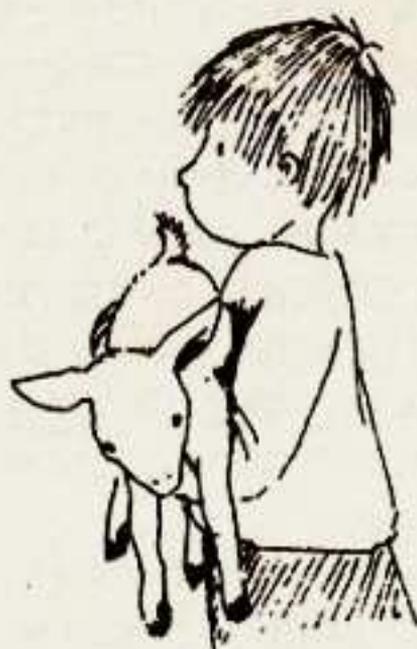
Mi hermana se comió cinco sopaipillas, y yo, dos. Después nos sirvieron un postre de leche con maicena y alimento para guagua; estaba casi tan rico como una torta. Luego jugamos arreando las cabras y nos tiramos desde el techo de la casucha de las papas. No eché de menos la torta ni las otras cosas. Cuando volvimos de jugar, encontramos el autito ELF a todo sol. Estaba caldeado, caldeado, como dice el Neuro.

CÓMO SE MATA UN CHIVO

EL CHIVO que nos comimos para el cumpleaños del Neuro estaba bien rico. Lo único malo que antes de comerlo, la Blanca tuvo que matar un cabrito blanco y chiquitito que le había regalado el abuelo Juan (o que se lo cambió por harina, según dice el Luis). Yo no estuve cuando mataron al cabrito, pero la Mónica me contó cómo lo hicieron. Primero lo subieron a la roca más alta del cerro que está a la orilla del río; después pescaron al chivo por los cachos y los pies y lo tiraron para abajo; el chivo llegó al suelo bien desmayadito de puro susto y ahí lo esperaba el Luis con el cuchillo en la mano. El Neuro dice que no fue así: que al chivo lo subieron arriba del techo de la casucha de las papas y que de ahí lo tiraron al suelo. Total al pobre chivo lo mataron y nosotros lo comimos y estaba muy rico.

Yo tengo una idea para que maten el chivo cuando el Neuro cumpla siete años. Primero se hace un hoyo bien hondo en la tierra. Después se trae harta paja y se pone al lado. Después se pesca al chivo y se lo echa al hoyo y todos los niños del cumpleaños le empiezan a tirar paja hasta que el chivo quede enterrado, enterrado. Entonces los niños nos vamos a la huerta a comer duraznos verdes y el Luis aprovecha para matar al chivo. Otra cosa que podría hacer la Blanca, es

pedirle a mi mamá que le diera una receta para torta y cambiar el chivo por platos de tortas milhojas y dejar que el cabrito siga saltando por las rocas y gritando como guagua cuando se le pierde su mamá.



EL RASTREADOR

EL NEURO es rastreador. Sabe seguir todas las huellas. Cuando lo mandan a buscar la vaca, no se equivoca nunca. —Por ahí va— dice —Miren donde se paró a comer— y al poco rato encuentra la vaca.

Las únicas huellas que yo sé seguir son las de mi papá, porque él usa unos bototos con pelotitas en la suela y no hay dónde perderse. Pero el Neuro no sólo las conoce, sino que ve muchas cosas más: —Va apurado— dice. —Hace como dos horas que pasó y va pal Alto.

El Neuro sabe cuáles son huellas de chanco y cuáles son de cabra. Yo el otro día vi unas huellas que parecían de bisonte gigante, pero el Neuro me dice que era el José Sanhuesa que iba arrastrando un tronco.

Le voy a pedir al Neuro que me enseñe a ser rastreador para poder seguir las huellas del zorro, de las huiñas y de los hormigones negros.

Además de las huellas, el Neuro sabe conocer los gritos de los pájaros. Él sabe cuándo el concón anda buscando un conejito nuevo para llevárselo a su nido. Él me enseñó a conocer el grito de los pitíos, el ruido de los pájaros carpinteros, unos pajaritos que ladran como perro y el rugido de los cuervos del río,

que es igualito al rugido de los monos gibones que yo vi en la televisión.

Como yo no conozco mucho las cosas de acá, paso muerto de miedo; el Neuro, en cambio, pasa muerto de la risa. Ni siquiera le da miedo volver del campamento de nosotros hasta su casa y eso que hay que pasar por un bosque de robles bien oscuro, lleno de pelos de bruja y de ruidos tan misteriosos como si uno anduviera perdido en el espacio lejos de su nave interplanetaria.



LA MESADA

MI MAMÁ dice que yo gasto mi mesada en puros ingratos de carbono. Pero este año, cuando llegue a Santiago, no voy a comprar más ingratos de carbono: galletas, queques, helados, dulces, pasteles. Voy a comprarme equipos de pesca: anzuelos, cañas, carretes. En el verano, cuando vuelva al río Cholguán, voy a pillar todos los pescados. Ninguno se va a escapar.

Al Neuro no le dan mesada, pero sí hartos ingratos de carbono, pero no de los ricos. El Neuro come mote, sopaipillas, pantrucas, ricas tortillas de pan amasado calentito y harina tostada con agua. Mi mamá dice que son puros ingratos de carbono. Le dije a la Blanca que le diera una mesada al Neuro y lo llevara en micro a Yungay para que se comprara un chocolito o un cremino o un paquete de galletas, de esos que cuestan veinte pesos. La Blanca dijo que la plata ni siquiera ella la veía y que el Neuro ni sabía lo que era la plata. De todos modos, la Blanca le va a hacer al Neuro una mermelada exquisita con unas moras que recogimos y con la miel que va a sacar de las colmenas. Seguro que el Neuro me va a convidar. Va a ser casi tan rico como comprarme un paquete de galletas.

VAMOS A BUSCAR LA CHANCHA

UN DÍA, la chancha de la Blanca se arrancó. Entonces la Blanca mandó a los perros que la siguieran. Y partieron los perros, más rápido que un cohete a Neptuno. Y yo detrás de ellos.

Pero la chancha saltaba los cercos y pasaba por encima de los árboles como un avión a chorro.

Entonces, yo corrí más rápido que los perros y pasé a la chancha, y de un salto me subí arriba de ella, como un vaquero del Oeste.

La chancha seguía arrancando. Entonces, yo la agarré de las orejas y las usé como riendas. Cuando quería que doblara a la derecha le tiraba la oreja derecha; si quería que doblara a la izquierda, le tiraba la oreja izquierda. Cuando quería que echara marcha atrás, le tiraba las orejas para atrás.

Así volvimos a la casa de la Blanca, saltando por encima de los cercos y pasando por arriba de los árboles. Llegamos ligerito a la casa.

Fue simple.

El Neuro me mira y parece que no entiende.

—La chancha volvió sola —dice muy seguro.

LOS DIEZ CHANCHITOS Y EL ZORRO

LA BLANCA dice que su chancha está "empeñada". Yo la veo bien gorda y pesada. Apenas se mueve. Durante las noches viene a nuestro campamento y se come todo lo que encuentra. Lo que más le gusta son los huesos de durazno. Hueso que se cae, hueso que encuentra la chancha. Los masca durante una hora y hace unos ruidos espectaculares. El papá tiene prohibido botar alimentos al suelo; todo lo que sobra se echa en una bolsa nailon y se guarda para los chanchos de la Blanca.

Hace varios día que la chancha no viene. La Blanca dice que se fue al monte a parir.

Hoy, la chancha apareció de nuevo. Viene bien flaca y con las ubres bien chupadas. Yo creo que ya tuvo los chanchitos, pero no anda ninguno con ella.

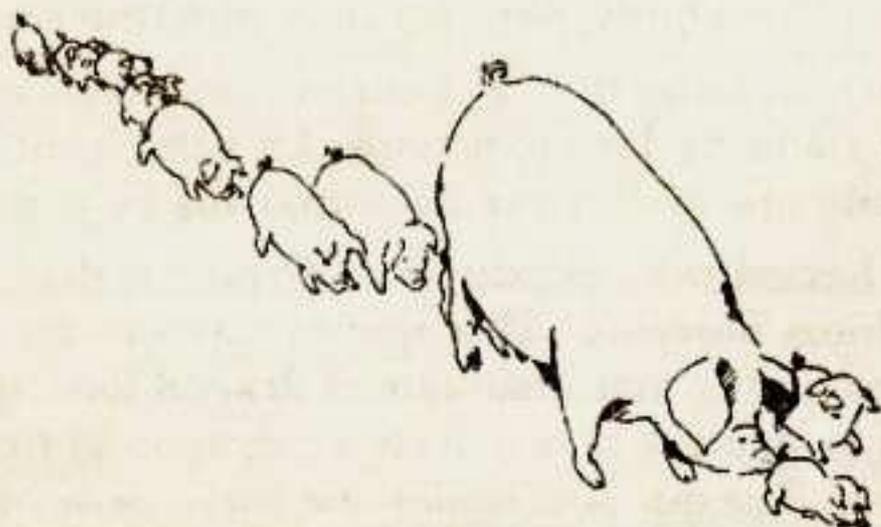
Hace tres días que la chancha viene todas las noches y nada de los chanchitos. La Blanca dice que seguramente el zorro se los comió allá en el monte.

Mi hermana ha estado llorando todo el día por los chanchitos muertos y dice que el zorro es un malo. Yo creo que es más malo que el dragón loco, que se lleva a la gente y la convierte en dragón al tiro. Mi hermana dice que si es mujer, ese zorro tiene que ser más malo que Cruela de Vil.

Ayer, yo vi que la chancha se metía al potrero del Alto, por un hoyo secreto que ella tiene en la cerca. Yo la seguí escondido por el pasto y vi que se metía como un agente secreto en el galpón del pasto seco. Arrastrándome por el pasto, me asomé al galpón y, ¿saben lo que vi? Ahí estaba la chancha con diez chanchitos recién nacidos que mamaban igual que guaguas. Pero la chancha es diferente; los chanchitos arman mucha chacota; con tanta chacota la chancha se duerme y ellos se aprovechan para tomar su mama. Es bien raro.

Yo partí corriendo a avisarle a la Blanca. Mi hermana está feliz porque el zorro no encontró a los chanchitos.

Esta tarde, la Blanca, la Creme, la Mónica y el Neuro vinieron con unos sacos y se llevaron a todos los chanchitos. El Luis laceó a la chancha por el cogote y a tirones se la llevó para la casa. Ahora el zorro ya no se podrá comer a los chanchitos.



EL CHANCHITO PERDIDO

LA CHANCHA de la Blanca está flaca, flaca. Los chanchitos quieren tomarse su leche y no encuentran ni una gota. A Luis se le ocurrió llevarla al potrero del Alto.

Esta mañana, cuando desperté, vi que por el camino venía la chancha con sus diez chanchitos. Detrás venía Luis. Esta vez no tuvo que lacearla.

Al poco rato pasó don Domingo Soto, que es el que manda en toda la Tercera, porque es el comandante en jefe de todos los potreros. A la vuelta, don Domingo venía arreando la chancha a lo que es chicotazo. Los chanchitos venían bien tristes. Don Domingo dice que la chancha no tiene derecho a estar en el potrero y que le va a pasar una multa a la Blanca. Parece que don Domingo no sólo es el jefe de los potreros, sino también el sheriff de toda la Tercera. Pueda ser que no lleve a la Blanca a la cárcel del pueblo, porque eso sería terrible para la Mónica y el Neuro.

Un poco más tarde fuimos con mi hermana a cazar saltamontes al potrero del Alto. De repente, vimos un animal mucho más grande que un saltamontes que se movía en el pasto. Mi hermana pensó que era una pantera y se murió de miedo. Yo creo que está loca. En esta parte no hay panteras ni elefantes

africanos. Yo pensé más bien que era un broncosaurio chiquitito que se había arrancado de la mina de oro. Pero el Neuro, que estaba con nosotros, dijo que era un chanchito y lo pilló.

Yo me saqué la parka para envolver al chanchito, porque el pobre debía estar muerto de frío y de miedo por haberse quedado sin mamá.

Mi hermana quiere llevarse el chanchito a Santiago y criarlo junto con el Gottfried Soto, pero mi mamá dice que tenemos que devolvérselo a la Blanca.

La Blanca no se había dado ni cuenta que faltaba un chanchito y no le dijo ni una palabra a la chancha. La pobre está flaca y sin leche. La Blanca dice que después de la cosecha la va a echar al potrero del trigo y que ahí va a engordar.



JUEGOS DE LENGUAJE

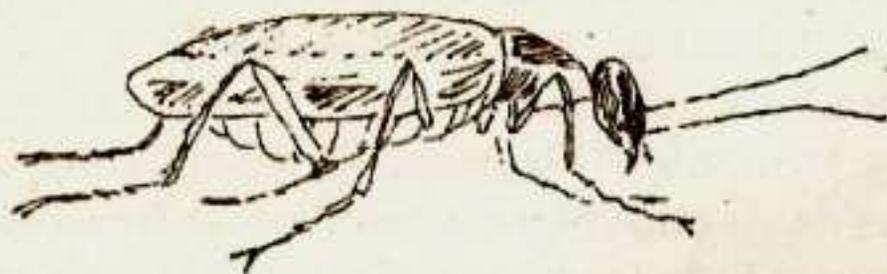
ANTES DE irnos a acostar, hacemos juegos de lenguaje en la fogata del campamento. Primero el papá nos cuenta la Odisea. Es bien tramposo y me está debiendo cuatro series, porque a veces se queda pescando y llega cuando estamos dormidos. Después jugamos a las rimas, a los contrarios, al diferente y al bachillerato. Yo aprendí a jugar al diferente mirando Plaza Sésamo y nunca me equivoco. A veces jugamos al hombre de la pata de palo y cantamos: Vamos a sacar la chiva, inventando personajes. También jugamos a las clasificaciones.

Yo gano siempre los juegos. La mamá se enoja, porque no dejo contestar a mi hermana. Si hay que nombrar tres animales domésticos, yo al tiro digo: perros chihuahua, cacatúas holandesas y leones domesticados como Daktari. Si hay que nombrar tres frutas, yo nombro la banana, las castañas de cajut y los dátiles de Argelia. Si hay que nombrar tres deportes: yo digo: el fútbol polémico alemán, las barras paralelas y acrobacias espaciales en la luna. Todos se ríen y así nunca pierdo.

A veces, el Neuro y la Mónica van a ver cómo jugamos. Se quedan calladitos sin saber de qué se trata. Eso de las rimas y de los antónimos es igual que chino para el Neuro. Pero si hay un ruido entre las

hojas y yo creo que es un boa pitón que se nos viene encima, el Neuro se ríe y dice que es una cucaracha de las grandes. Y si canta un pájaro y yo digo que es una lechuza blanca de los Alpes, el Neuro me dice que es el Concón que anda cazando conejitos nuevos. Cuando yo siento que anda un león entre los árboles del bosque, el Neuro dice que es la chancha que otra vez volvió a arrancarse.

Cuando cansados de jugar a las palabras, apagamos la fogata, el Neuro y la Mónica se vuelven a su casa, sin miedo a los ruidos y a las sombras, porque ahí sí que el Neuro sabe cuál es el distinto, aunque se quede calladito cuando le digo que le busque una rima a la palabra abedul.



EL PAPÁ DEL NEURO

DON HÉCTOR Olea es el papá del Neuro. Trabaja en un banco en Carampangue. Pero no en un banco de esos que se usan para la plata, sino en uno que sirve para cortar madera. Es bien difícil cortar madera con un banco; yo prefiero cortar las tablas con serrucho.

Don Héctor quería ser palanquero, que es casi como ser mayordomo de aguas, como es el papá viejo. Pero el otro día se cortó un cordel del banco y un palo le pegó en la cabeza al que estaba en las palancas. Al casco no le pasó nada, porque no lo tenía puesto, pero el pobre palanquero quedó muerto ahí mismo. Ahora nadie quiere ser palanquero. Ni siquiera don Héctor, el papá del Neuro. Prefiere acarrear tablas por el banco. Para que el hombro no le duela, se pone una especie de montura para que se afirmen las tablas y parte al trote acarreando siete vigas. Si yo trabajara en un banco de madera, me pondría mi traje espacial y caminaría saltando como los astronautas en la Luna. Le voy a decir al tío Jorge que le compre trajes espaciales a todos los que trabajan en el banco y unos cohetes chiquititos para que se suban a la punta de los árboles.

El Neuro y sus hermanos alegan porque su papá está tan lejos. A ellos les gustaría tenerlo en la casa.

arreglando las cercas, trabajando en la chacra y en la huerta, cuidando los animales y yendo a la Cooperativa a comprar grasa, sal y paquetes de vela. Cuando en la noche se sientan con su mamá junto al fuego a comer guisos de mote y pantrucas, les gustaría que su papá estuviera ahí sentado sopeando grandes pedazos de pan en la sopa calentita. Les gustaría que en las mañanas partiera a regar, como don José Sanhueza; a arrear los animales, como el viejito que acompaña a don Rafael Figueroa; a cosechar porotos, a arreglar los caminos, a manejar los tractores, o a cualquier cosa de las que se hacen aquí en Rucamanqui. Pero aquí no hay trabajo para todos. Mi papá dice que este fundo tiene 15.000 hectáreas, pero trabajo para poca gente.

El año que viene, van a poner un banco de madera allá en la Cuarta. Entonces le voy a pedir al tío Jorge que ponga ahí al marido de la Blanca a acarrear tablas con su montura sobre el hombro, y cuando termine el acarreo se venga caminando despacito hasta la casa del Neuro y de la Mónica.



MI PAPÁ

MI PAPÁ es el jefe de todo el campamento. Se levanta bien temprano y prepara el desayuno. Café para él y la mamá, leche con chocolate para mi hermana y yo, y pan con goma para todos. El pan con goma lo hace en un hornito que trajimos de Santiago. Toma una tortilla de pan amasado al rescoldo, del que nos hace la Blanca; lo corta con el cuchillo terrible y lo convierte en rebanadas. Después le pone queso y lo lleva hasta el hornito. Ahí espera que el agua se caliente y el queso se convierta en goma. Entonces nosotros salimos de las carpas y nos vamos a tomar leche con chocolate y pan con goma que cruje entre los dientes. Los domingos, el papá prepara huevitos en la copa y comemos pan con goma y mermelada de mora que prepara la mamá.

El papá acarrea el agua, que saca del río, y la leña, que saca del bosque. El nunca corta ramas verdes; tiene un hacha chiquitita para cortar palos secos; la misma que yo uso para cortar alambre y también para los clavos; pero el hacha del papá es mejor para la leña que para los clavos y alambre. El papá dice que él le está haciendo un favor al bosque sacando las ramas secas que molestan y se pueden incendiar. Pero el bosque no es buen educado; nunca he visto que le diga muchas gracias.

El papá pesca todo el día o escribe las cosas que yo digo y a veces unos papeles sobre cosas importantes. Lee libros de ciencia ficción en inglés con monstruos espaciales y cohetes macanudos en la tapa. Se sienta a conversar con la mamá mirando cómo andan los insectos por las hojas del suelo y los pájaros arriba de los árboles.

El papá me hizo un tarrito de pescar y mientras él pasea su caña por el río, yo me siento en una roca y tiro el nailon lejos, lejos y lo voy recogiendo en mi tarrito.

En las tardes, los cuatro vamos a pasear al bosque de pinos, recogemos piñas para el fuego y vemos cómo van apareciendo las estrellas. De vuelta al campamento, el papá enciende una fogata y me cuenta la Odisea. Como aquí no hay televisión, el papá tiene que contar las series. La Odisea es una serie espectacular. Como para televisores a color. Lo que más me gusta es lo del caballo de Troya, la balsa de Odiseo y el gigante Polifemo.

Apenas llegamos acá al bosque, el papá instala las carpas, hace un hoyo para las basuras y fabrica un baño escondido entre las quilas. Con los hoyos del papá no hay ninguna hediondez ni basuras botadas. El día que nos vamos, el papá tapa los hoyos y nadie puede descubrir dónde estuvo el baño y el lugar de las basuras.

Cuando llega la noche, el papá revisa el campamento y nos lleva de la mano a las carpas chicas. Nosotros nos dormimos y él se queda conversando

con la mamá de las cosas que pasaron en el día y de todo lo que le anda dando vuelta en la cabeza.

Cuando el papá pesca una trucha, vuelve silbando bien fuerte y todos corremos a ver qué porte tiene y cuántos kilos pesa. Él tiene una pesa con un metro. Con un cuchillo marca en una mesa el porte de sus truchas. Este año pescó catorce truchas: dos de un kilo, seis bien grandes de 38 centímetros y seis de cuarto de kilo y treinta centímetros no más. Él no cuenta cuatro truchas que por chicas tuvo que devolverlas al agua.

El mismo papá prepara sus truchas. Las asa en el hornillo, las convierte en ceviche y a veces las ahuma. La mamá hace tortillas de trucha, que todos encuentran exquisitas y que a mí me gustan, pero con hartito dulce de mora por encima.

A mí me gustaría que el papá nos hiciera el desayuno todo el año, pero tiene que volver a Santiago a escribir libros, a dar conferencias sobre Kafka y hacerles clases a todos los alumnos que tiene. Yo creo que a veces mi papá se entusiasma y aunque es técnico en literatura, prefiere hablarles a sus alumnos de las truchas que pesca en el río Cholguán.



LA BLANCA

LA BLANCA es la mamá del Neuro. Tiene cuatro hijos: el Neuro, que es mi amigo; la Mónica, que quiere ser igual a mi hermana; el Ismael, que es chico, y la Patricia, que se quedó con la tía Rosa.

La Blanca hace todo en su casa, porque su marido trabaja en Carampangue, y el Luis, que la ayuda, es casi igual al tío Cosme.

La Blanca anda siempre trabajando: preparando la comida, amasando, cortando leña, regando la huerta, dándole comida a las gallinas, retando a los niños, lavando la ropa, laceando la yegua o arreando los bueyes, buscando a la vaca que se pierde y a los chanchos que andan metidos por el goce de don Rafael Figueroa. A veces teje, a veces arregla pantalones en la máquina de la tía Rosa, trae el agua, va a la cooperativa a comprar cosas.

La Blanca sabe leer, pero en su casa da lo mismo. No hay libros, no hay revistas, los diarios nunca llegan, ni hay tiempo para andar leyendo cosas. Ella dice que ni siquiera escribe a Carampangue. La Mónica lleva tres años en la escuela y todavía no lee ni la a. Al Neuro no le veo ni una gana de leer. A veces la Blanca lee unas recetas que le regalan en la Cooperativa. Pero se cansa bien ligero.

—¿Qué saco con leer, si no tengo ninguna de estas cosas? —dice y deja la receta por ahí.

Entonces el Neuro toma el papelito, lo arruga bien arrugado y de un papirote lo tira al medio de las brasas. Ahí la receta se quema despacito y al poquito rato no queda ni el recuerdo.

Nosotros estamos descansando en Rucamanqui. Los niños, porque fuimos al colegio. El papá y la mamá, porque se pasaron todo el año leyendo muchos libros, escribiendo todo el día y haciendo muchas clases. La Blanca no tiene nunca vacaciones. Los niños, los chanchos, las gallinas, las papas, la yegua, el ternero, y todos no la dejan descansar: nunca. Siempre hay niños, siempre hay chanchos, siempre hay papas o trigo o cercas que arreglar. Cuando en la noche estamos cantando y jugando alrededor de la fogata, muchas veces pasa la Blanca arriba de la yegua.

—Voy a buscar a mis niños que los tengo al otro lado. Tuve que andar en diligencias —dice y atraviesa el río. Al rato sentimos como cruza el puente mientras reta a la Mónica y al Neuro, que vienen medios dormidos, y aprieta al Ismaél, que trae en brazos, mientras, como puede, tira las riendas de la yegua que chapotea por el río. Un día le voy a pedir a la Blanca que me lleve en uno de sus viajes a caballo y así voy a poder andar en diligencia, igual que en Bonanza y el Gran Chaparral.

La Blanca está contenta. Le gusta su casa, que son tres juntas. Le gusta tener harta harina y harto trigo para pan, mote, las pantrucas, las sopaipillas y la

harina tostada. Le gusta su chancha, que es tan diabla, sus ovejas, sus gallinas, la yegua, los bueyes, el ternero, las colmenas al fondo de la huerta, sus duraznos que nunca maduran porque se los come el Neuro. Le gustan sus hijos que andan correteando por el polvo o por el barro.

Claro que nunca faltan cosas. Si don Jorge le trajera de vuelta a su marido. Dicen que toman tanto en Carampangue. Si tuviera un poco más de plata, aunque fuera para ropa de los niños. Si la Mónica aprendiera en la escuela alguna cosa. Si el abuelo Juan y la abuelita Adela le trajeran de nuevo a su Patricia. Si no lloviera tanto y no hubiera tanto barro. Si todas las cosas no estuvieran lejos, lejos, tan lejos.

Yo no sé si la Blanca está contenta.



MI MAMÁ

AQUÍ EN RUCAMANQUI, mi mamá es como la Blanca. Lava ropa, hace comida, pica leña, pega parches, barrre carpas. En Santiago es otra mamá. Lee libros, hace clases, está siempre en reuniones. Aquí en Rucamanqui, la mamá no maneja, no hace compras, no invita a comer a los amigos, no manda la ropa a la tintorería...

En Santiago tenemos una nana, que es de todo. Nos cuida a nosotros, hace la comida, limpia la casa.

Cuando llegan el papá y la mamá, la comida está lista, la mesa está puesta y nos ponemos a almorzar al tiro. La mamá nos da un beso, nos dice que nos lavemos la cara y las manos, que no nos ensuciemos y parte con nosotros al colegio. A la vuelta de clases, nos vamos derecho a ver televisión: el Chavo del ocho, el Chapulín Colorado, La Pantera Rosa, Tom y Jerry, el Pájaro Loco y tantas películas de la Segunda Guerra Mundial. La mamá se va a su escritorio y escribe y lee libros. La Nana dice "está servido", y al tiro pasamos a la mesa. Entonces el perro de la tele hace gárgaras y los niños tienen que irse a la cama. Claro que nosotros nos vamos a la cama del papá y la mamá, regaloneamos un poco y aprovechamos para ver El Hombre Increíble, Haway 5-0, Un millón para el mejor, y Las Calles de San Francisco y otros programas para niños.

A mí me gusta Firulete, porque tiene telechácharas y a mi hermana le gusta Baretta, porque tiene un lorito.

Los sábados vamos a la feria a comprarle a los caseros y los domingos salimos de visita o de paseo. Así vivimos en Santiago. A mí me gusta. Lo mejor de todo es la tele que nos muestra cosas que nunca podemos ver de verdad: incendios, choques de autos, aviones que se caen, gigantes que pelean con enanos, naves espaciales, dibujos animados y programas bien chistosos de Cachascascán.

Aquí en Rucamanqui, la mamá es como la tele: tiene que inventarnos juegos, contarnos cuentos, explicarnos cosas, inventar cantos divertidos. El papá es como los programas de la noche: nos cuenta la Odisea.

A la mamá en Rucamanqui la tenemos prendida casi todo el día. Cuando no estamos en la casa del Neuro o en el río, tenemos mamá al instante para preguntarle cosas o jugar con ella.

Me gusta mi mamá de Rucamanqui... la que me hace comidas exquisitas: corbatas con salsa de tomate, tortillas de truchas que pesca el papá, buñuelos de manzana, tortas de panqueque con mermelada de moras sacadas de la misma mata, papas y humitas envueltas en papel de aluminio.

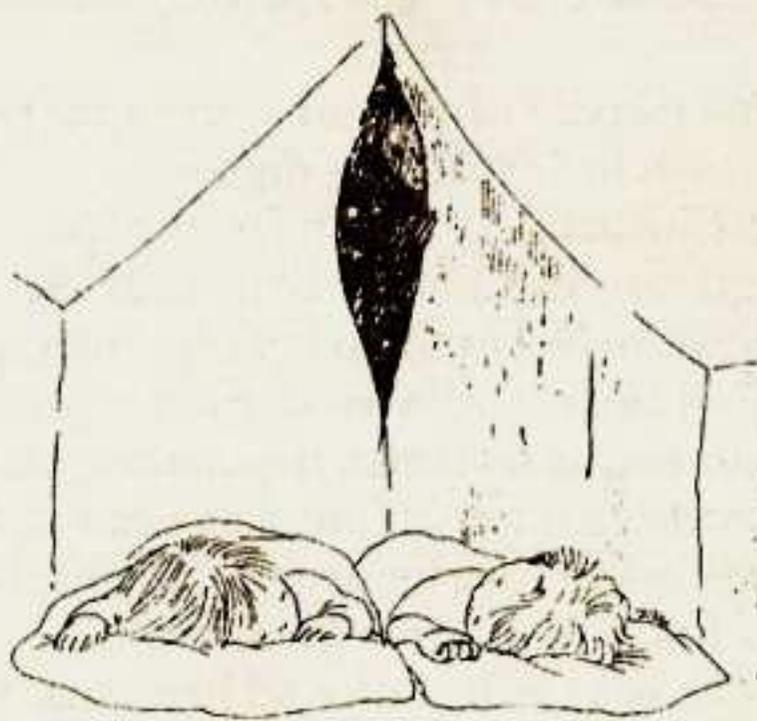
En las tardes comemos tempranito y después salimos a pasear. La mamá mira las plantas, descubre los insectos que se esconden en las ramas, nos muestra las estrellas que aparecen. Después nos metemos al bosque. Nosotros jugamos a perdernos igual que Hansel y Gretel, pero siempre nos topamos con el

papá y la mamá que caminan despacito tomados de la mano, mirando cada hoja y escuchando todos los ruidos de la noche.

Cuando todo se pone bien obscuro, volvemos caminando al campamento. La mamá nos da leche calentita y nos sentamos alrededor de la fogata a jugar a las diferencias y a las rimas. Cuando la fogata se apaga, el papá nos lleva a nuestras carpas.

Cuando nos estamos quedando dormidos, sentimos que la mamá nos deja bien envueltitos en los sacos y cierra muy callada las puertas de las carpas.

—Buenas noches, perritos queridos— nos dice bien despacio y es lo último que oímos antes de quedarnos completamente dormidos.



SATÉLITES ARTIFICIALES

AQUÍ EN Rucamanqui hay más estrellas que en Santiago. Es como mirarlas de cerquita adentro de una nave espacial. A veces por las noches nos quedamos mirando las estrellas con el papá y la mamá. A mí me gusta Venus, que es la estrella más grande. A mi hermana le gusta una estrella chiquitita con nombre de una niña de colegio, pero no sabe dónde está y la pone en cualquier parte. La estrella y la niña se llaman Bellatrix.

De repente una estrella aparece caminando por el cielo.

—Una estrella caminante —grita mi hermana.

—Un satélite espacial —digo yo.

—Satélite artificial —corrige el papá.

Me gustan los satélites artificiales. Se ven como luciérnagas, pero son como helicópteros que se caminan todo el cielo. Todos los satélites espaciales llevan tres hombres que se llaman tripulantes, pero algunos van sin nadie. En los satélites hay unas radios macanudas que sirven para los programas de la tele y hasta mandan fotos de Marte y de Saturno.

—Ya no se ve más —dice mi hermana. Se perdió.

—Está en la cara oculta de la luna —digo yo.

—Lo dejamos de ver —dice el papá.

EL ABUELO JUAN

EL ABUELO Juan vive al otro lado del río. Tiene cerca de mil años, cuatro hijos, muchos nietos y doce biznietos. Él dice que está listo para ser tatarabuelo, porque tiene una biznieta que ya cumplió los quince años. El Neuro y la Mónica son biznietos del abuelo Juan.

El abuelo Juan está algo enfermo. De unos golpes que se dio, le entró agua a la cabeza; por eso anda trayéndola siempre amarrada con un trapito café. Cuando camina muy rápido el agua se le mueve y él cree que está temblando. Se ha pegado unos buenos costalazos por la culpa de esas aguas movedizas.

El abuelo Juan le conoce el contenido a todos los pastos que hay por estos lados: él sabe cuáles son buenos para la digestión y cuáles son cardiacos, es decir, buenos para el corazón, pero todavía no ha encontrado un pasto que lo sane del agua en la cabeza.

El abuelo Juan sale a pescar todos los días. Mi papá pesca a lo caballero: con caña importada, con anzuelos chicos y un nailon bien delgado y no saca ningún pescado. Don Juan pesca a lo huaso: con una picana que atraviesa todo el río y con un nailon más grueso que una sogá para lacear búfalos del Oeste. Se pone al lado del río, acompañado de sus dos perros, y espera

tranquilamente que una trucha empiece a picar. Cuando siente el picotón, tira con todas sus fuerzas y la trucha vuela por el aire y le cae justo en las manos. Cuando pesca una trucha bien grande, la cambia por harina. Este año ya ha sacado como un quintal de harina pescando a lo huaso.

El chivo que comimos para el cumpleaños del Neuro fue un regalo del abuelo Juan. Él cuida un rebaño de cabritas y todos los años le dan un par de chivitos, por la "cuidá", como dice él.



PARA ENTENDER A DON JUAN

EL ABUELO Juan habla un idioma un poco extranjero, pero no como el del Neuro, porque el Neuro casi no habla, y el abuelo habla todo el día. De todos modos, estoy aprendiendo a hablar como don Juan. Ya sé las siguientes cosas:

- RAUDALES:** son las pozas del río. En el raudal grande, los pescados se pescan con fogata.
- FONDO:** son ollas; las ollas son casi iguales a los fondos, pero son distintas.
- QUILANTAR:** hay uno donde comienza el camino. Tienen quilas.
- AMARRA:** se le echa a los lazos y a los cordeles. Es lo mismo que nudo.
- PATILLITA:** es una cosa que se saca de los árboles y sirve para que brote otro árbol. No es semilla, es como ramita.
- BROCEARSE:** la mina de oro se broceó, porque se le acabó el oro.
- APERADO:** no es lo mismo que apurado; es tener hartas cosas.
- CONTESTA:** tráigame la contesta, dice don Juan.
- PICANA:** caña de pescar bien gruesa y bien larga; sirve también para manejar bueyes. Es un coligüe.

- ATINGIDO:** es andar afligido.
- LECHAR:** se le hace a las vacas y a las cabras. Mi papá dice ordeñar.
- LA PUENTE:** así dicen por estos lados. Todos.
- BOQUI:** sirve para hacer pajaritos de mimbre de los que venden en Cema. Se saca del bosque.
- HUERTA:** donde están los tomates y las coles. No es lo mismo que chacra, donde están los choclos y los porotos.
- CHACRA:** mi papá la confunde con la huerta. No es lo mismo.
- PEUMO:** don Juan y el Neuro saben cuáles son. Mi papá los confunde con los robles.



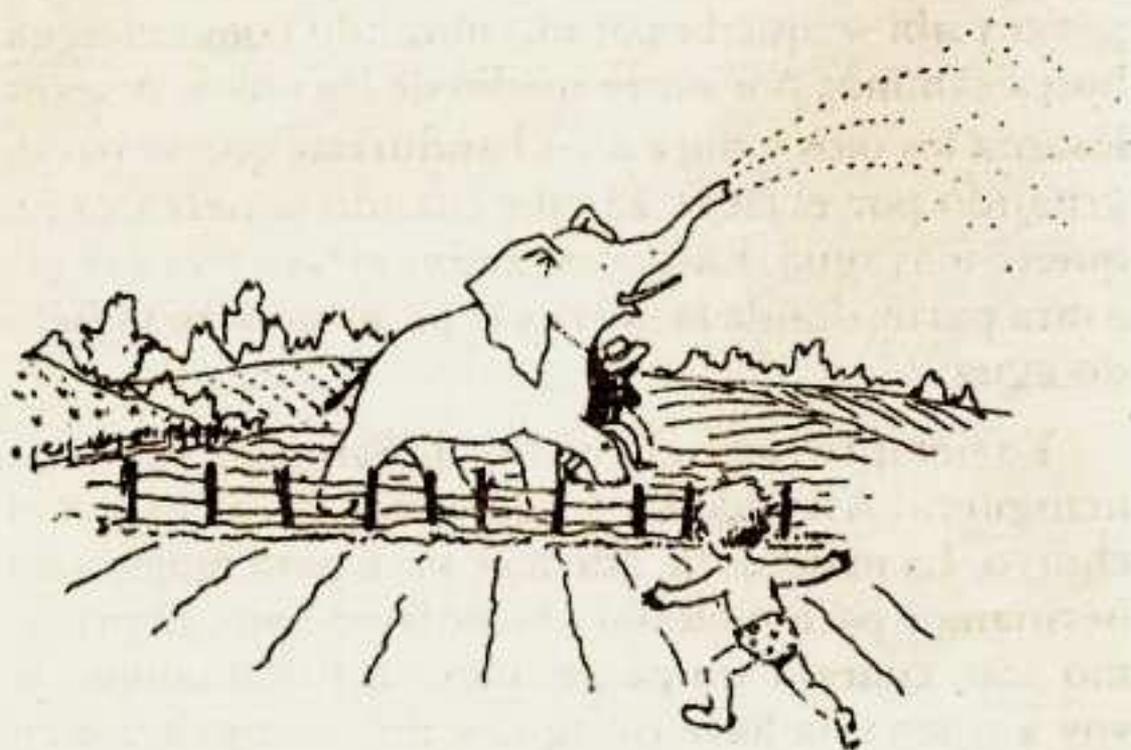
EL PAPÁ VIEJO

EL PAPÁ viejo no oye muy bien. Habla gritando y tiene el pelo todo blanco. Es el papá de la Blanca, el abuelo del Neuro y de la Mónica, y el mayordomo de aguas de aquí de la Tercera. Él pasa todos los días por el campamento con una pala al hombro, se lleva la mano a la chupalla, nos saluda muy atentamente y se va a regar los potreros del Alto. Llega hasta una acequia, hace un taco, y deja que el agua corra por el pasto y ahí se queda parado mirando cómo el agua busca caminos por entre medio de los tallos. A veces levanta los ojos y mira a las bandurrias que se pasan gritando por el cielo. Él sabe cuando la tierra ya no quiere más agua. Entonces cambia el taco y va a regar a otra parte, donde la tierra y el pasto ya están pidiendo agua.

Yo siempre riego en mi casa de Santiago, pero con manguera. Así, cuando tengo calor, me baño con el chorro. La manguera, además, sirve para mojar a mi hermana y para molestar al Gottfried Soto. El próximo año, cuando venga de nuevo a Rucamanqui, le voy a traer una llave de agua y una manguera bien larga al papá viejo. Así no va a tener que hacer tacos en las acequias y se va a entretener cuando riegue los potreros.

Cuando pase de vuelta por la casa grande, le voy a decir a mi tío Jorge una idea muy buena: que compre un buen rebaño de elefantes africanos para que vayan al río y se llenen la trompa de agua y después troten a regar los potreros. Así cuando volvamos, el papá viejo no va a pasar con una pala al hombro, sino arreando feliz su rebaño de elefantes con la trompa llena, llena de agua.

Entonces yo, cuando él nos salude le voy a decir: —Buenos días, abuelito, ¿me podría prestar uno de sus elefantes para darme un baño como de manguera?—.



LA ABUELITA ADELA

LA ABUELITA Adela es la señora de don Juan. Se sienta en un piso bien bajo y pela papas, pica cebollas, desgrana porotos y los va echando a una ollita de fierro con tres patas. —Como soy la huacha más chica, aquí me tienen picando cebollas— dice ella y se ríe. Cuando se le acaban las papas, los porotos y las cebollas, la abuelita Adela toma un montón de lana de oveja y empieza a hacer bailar un palito. Yo no sé dónde están escondidos los hilos, pero la abuelita Adela saca hartos hilos de la lana de oveja. Cuando el palito está bien gordo, la abuelita teje chalecas para don Juan o cambia los hilitos que han salido por lana que venden en Yungay.

La abuelita Adela se lo pasa todo el día debajo del parrón que es como el living de su casa. Ahí hay sombra y las gallinas andan correteando por el piso, dejándolo bien limpio porque se comen todas las mugres que se caen. Los chanchos y las cabras se quedan afuera, porque no son tan buen educados como las gallinas. Los perros duermen siesta todo el día y sólo despiertan cuando alguien viene por el camino o don Juan parte a pescar.

A mí me gusta más el parrón de la abuelita Adela que el living de mi casa: no hay que encerarlo ni

pasarle virutilla, ni trapero. Si uno quiere, puede hacer un hoyo en el suelo y hacer una piscina y echarle agua caliente para que quede igual que la que tienen en Portillo. Arriba de uno, están madurando las uvas, y los zorzales no andan afuera, sino al lado de uno y se comen lo poco que dejan las gallinas.

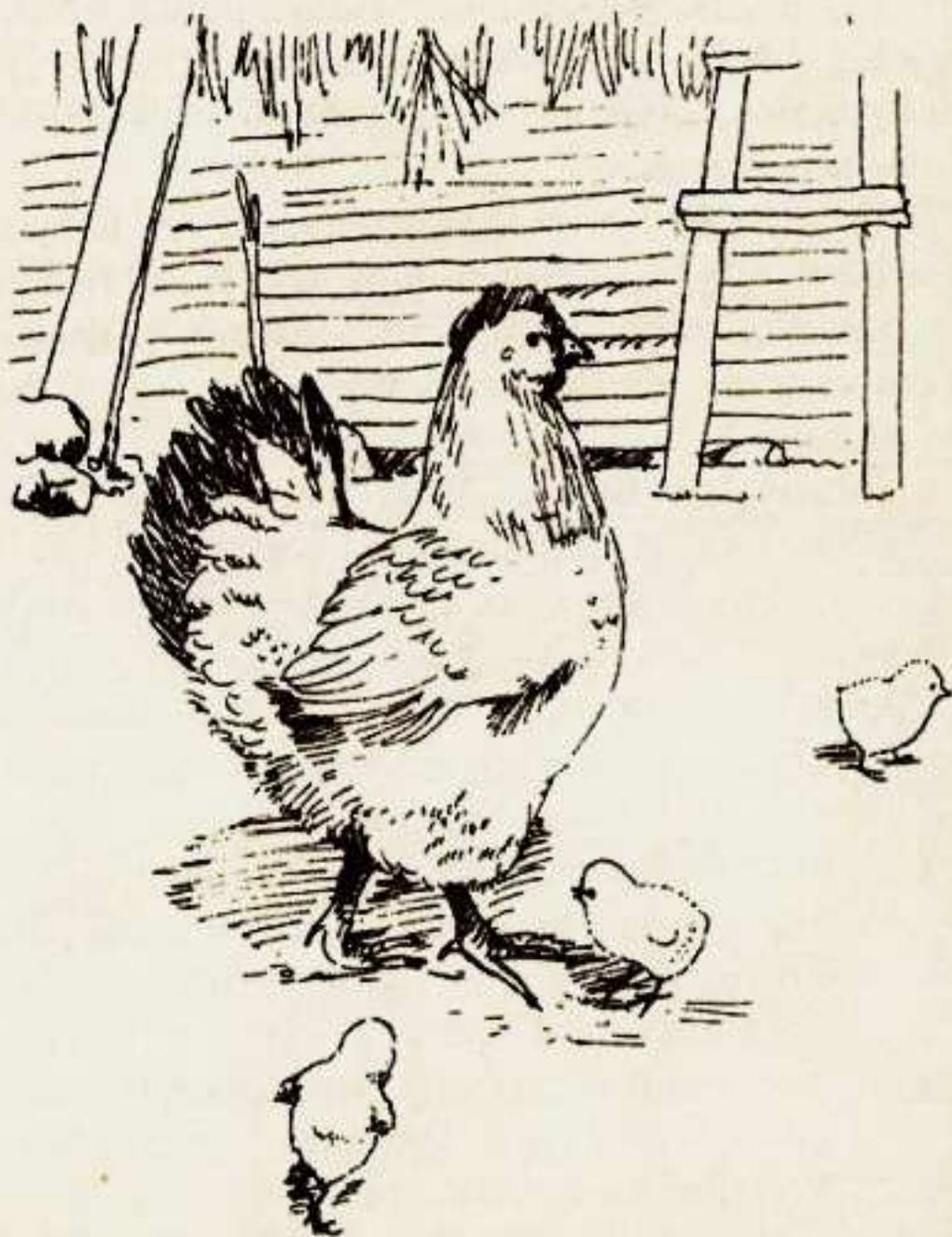
Don Juan tiene dos ruedas con una manivela. Mientras la abuelita Adela trabaja sentada en su piso, él da vueltas a la manivela y las ruedas van afilando los cuchillos y las palas.

La abuelita Adela tiene una huerta. Yo vi cuatro choclos, mucho ají, varias matas de comino y un zapallo italiano como pelota de baby fútbol. De todo nos dio la abuelita.

La abuelita Adela es bien guapa. No le gusta que la Mónica ande con pantalones y con el pelo corto. Tampoco le gusta que el Neuro ande con el pelo largo. El otro día, ella misma le cortó el pelo al Neuro. Lo dejó con una pura chasquilla que le tapa los ojos y hartas lauqueaduras por los lados. Si la abuelita Adela no se enoja, yo le voy a emparejar las chasquillas al Neuro con las tijeras de cortar leña que tiene mi papá, así el pelo no le va a molestar cuando le tire piedras a los patos correntinos.

Cuando don Juan nos trajo agua con harina tostada, la abuelita Adela dijo: —En el campo, el primer cariño que se hace es el agua con harina. Luego, tomó cinco plumas de pavo amarradas con un cordelito, con ellas limpió una mesa tan bajita como su piso. Quedó limpiecita. Le voy a decir a mi mamá que no

compré más pollos pelados de esos que venden en Santiago; que críe gallinas y pavos en el jardín y cuando se les caiga una pluma, las recoja y se haga un plumero igual al de la abuelita Adela.



VACA INSOLUTA

LO QUE pasa es tremendo. Espectacular. La abuelita Adela se enojó con la Mónica. Para siempre. Por lo menos hasta que le crezca el pelo y se cambie los choris por vestidos.

Y la culpa de todo la tiene mi hermana. Mi hermana se peina a lo sauce con chasquillas y usa choris, que son pantolones cortos, o vines, que son pantolones largos. Además de los choris y los vines, usa poleras con monitos.

Cuando llegamos, la Mónica tenía dos trenzas. Una a cada lado. Andaba siempre con vestidos floreados y con zapatos con hebillas. Así le gusta a la abuelita Adela.

Todas las mañanas, la Blanca tenía que peinar a la Mónica a lo que es enredos y tirones. La Mónica llora que llora, y la Blanca rabea que rabea.

Cuando vio a mi hermana, la Mónica quiso peinarse a lo sauce con chasquilla y ponerse unos pantalones de cotelé azul que casi parecen vines. Con permiso de la Blanca, mi mamá le cortó el pelo a la Mónica. Casi llenó el tarro de basura con el montón de pelo que salió. El corte le quedó bastante bueno, mejor que el que hacen en las peluquerías de Ñuñoa, donde nunca le achuntan cuando les pido un corte de pelo travoltino.

Con el pelo a lo sauce con chasquilla, con los pantalones azules nuevecitos y una polera del Neuro con el Chapulín Colorado, la Mónica fue a ver a su bisabuela.

—Vaca insoluta —le dijo la viejita—. No te quiero ver nunca más por estos lados—.

La abuelita Adela usa polleras plomas y blusas negras desteñidas. Tiene una trenza que le da como ocho vueltas alrededor de la cabeza y, para mí, que nunca se ha cortado el pelo.

La Rosa está tratando de arreglar la cosa. Le sacó molde a un vestido de mi hermana y le va hacer a la Mónica un vestido de abuelita.



VESTIDOS DE ABUELITA

MI HERMANA tiene un vestido de abuelita. Yo conozco al tiro los vestidos de abuelita. Tienen las mangas como globitos, botones en la espalda y un cinturón que se amarra con un nudo de flor. Mi abuelita Ketí le hizo uno a mi hermana. Mi mamá lo quería dejar en Santiago, pero mi hermana lo quiso traer a Rucamanqui. Lo usa todos los días. Por lo menos un ratito, cuando ya ha ensuciado todo lo que puede los choris y las poleras. Con el vestido de abuelita, mi hermana corre por el camino del bosque y se siente la muerte.

La Mónica también quiere un vestido de abuelita, con mangas de globito, botones en la espalda y cinturón que se amarra. Si la tía Rosa le hace un vestido de abuelita verdadero, verdadero, a lo mejor su bisabuela la vuelve a recibir y nunca más le va a decir vaca insoluta.

La próxima vez que vengamos, le voy a decir a mi abuelita Ketí que venga a veranear con nosotros y traiga su máquina de coser. Así yo voy a poder jugar con el pedal y todas las niñitas de estos lados van a poder tener lindos vestidos de abuelita. Para que la abuelita no lo pase mal, le voy a decir al papá que le traigan una carpa propia y le haga una cama de coligües.

LA TÍA ROSA

LA TÍA Rosa es casi santiaguina. Hace sus compras en Yungay. En los almacenes y tiendas del pueblo, ella encuentra las cosas del campo: frutas secas y en conservas, lana en madejas, leche en polvo, pan de panadería y huevos de criadero. La tía Rosa es nieta de don Juan y sabe cortar el pelo, sacar moldes de vestidos, leer recetas de cocina y peinarse con tubitos. Tiene máquina de coser y es Hija de María de la Parroquia de Pemuco. Es muy moderna.

Cuando no está cosiendo en su máquina Singer de manivela, o cuando no le está cortando el pelo a los niños del Alto y del Bajo, también amasa el pan, recoge cebollas de la huerta o llama a las gallinas para darles trigo.

La tía Rosa no se ha casado todavía. Tampoco se quedó con una guagua, como todas las niñas por acá. La tía Rosa es bien vieja. En marzo va a cumplir 23 años.

La tía Rosa se hizo mamá de la Patricia, la hija más chiquita de la Blanca, pero también quiere a la Mónica, al Ismael y al Neuro. La Patricia usa el pelo largo y anda siempre con vestido, como le gusta a la abuelita Adela. Tiene cuatro años. La tía Rosa defiende a la Mónica cuando la abuelita se enoja.

—Es una guachita de toda confianza —dice don Juan cuando habla de la tía Rosa. Yo creo que la tía Rosa se quedó a vivir con ellos para que no se sientan solos, porque ellos sí que son viejos, viejitos.



EL TÍO COSME

EL tío Cosme nunca se ha casado. No tiene señora, ni hijos, ni chanchos propios. Vive con don Juan, su papá, y trabaja en el Alto, en el fundo de los Cabeza, pero poco. Cierra las trancas, mira como corre el agua por las acequias. Si un animal se mete al potrero, el tío Cosme grita y mueve los brazos, y el animal se mete más adentro en el potrero. Por las tardes, el tío Cosme se sienta frente a las siembras y mira cómo el trigo va creciendo despacito. Yo no nunca he visto cómo crece el trigo, pero el tío Cosme lo ve.

Cuando el tío Cosme va a la Cooperativa a comprar cosas, toma un saco harinero y cruza la puente de la correntada. Al otro lado se sienta sobre la arena y mira los sapitos que saltan entre las piedras y las pancoras que se mueven en el agua. Si alguien pasa, le conversa del invierno, de los dolores que siente en la espalda, de los pescados que pesca su papá. Una vez que ha descansado, vuelve a cruzar la puente, con el saco vacío y la plata de las compras en el bolsillo de su chaleco.

Cuando el tío Cosme cuida la casa de la Blanca, los chanchos se meten en la huerta, las chivas hacen

destrozos en la chacra y desaparecen una o dos gallinas.

—Este tío Cosme —dice la Blanca—. Es como si no fuera.



LA CASA DEL NEURO

LA CASA del Neuro es increíble. Son tres casas que son una. Se duerme en "la casa de las camas". "La casa de la mesa" es para estar sentado. "La casa de la fogata" es para estar calentito. Para pasar de una casa a otra, hay que atravesar el patio donde están las gallinas, los perros y los chanchos.

"La casa de las camas" tiene dos piezas; una de la Blanca y su marido y otra de los niños. Como el marido de la Blanca no está, ella duerme con la Mónica. En la pieza de los niños, duermen el Neuro con su hermano chico y también el Luis. Las camas son pura madera, hasta el somier, y son bien malas para saltar encima porque son muy duras y porque la Blanca se enoja cada vez.

"La casa de la mesa" tiene también una cocina macanuda. Es automática y le dicen la estufa. Cuando está prendida, calienta sola cualquier olla, sin encender ninguna cosa y hasta el horno funciona. No usa gas, ni parafina, ni luz: pura leña y calienta la pieza. Pero la Blanca casi nunca prende su cocina; prefiere cocinar en la fogata. La pieza de la mesa, se usa para preparar la comida: ahí se pican las cebollas, se muele el ají, se pelan y parten las papas, se amasa la harina del pan y se pican las coles de la huerta. Cuando todo está listo, se lleva a la casa de la fogata. "La casa de la

mesa" sirve también para arreglar la ropa y para servirle once a las visitas, pero si uno va todos los días, le dan once en la fogata.

"La casa de la fogata" es una pieza, bien negra, pero hartito calientita. Al medio hay mucha ceniza y cuando uno quiere saca fuego. En la ceniza se ponen las tortillas al rescoldo.

En el fuego ponen una ollita de fierro para el trigo de la harina tostada, un tarro para el mote, que lo hacen con cenizas, una olla bien saltada, que es de las sopas, y una tetera, que está siempre con agua calientita. Lo que más me gusta es tomar once en la pieza de la fogata. Que la Blanca saque una tortilla grande de las cenizas y le saque todo lo negro con un cuchillo viejo: que traigan los jarritos y los vasos y nos sirvan harina tostada con agua fresquita o té con azúcar de pancitos, cuando hay. La Blanca y el Luis toman mate con bombilla. Si hay sopaipillas, me gusta más el té; cuando la Blanca nos da pan, echo de menos las ricas margarinas de Santiago; pero igual lo encuentro rico.

Cuando salimos de la casa de fogata, el pelo y la ropa de mi hermana tienen olor a humo y a ceniza de mote. Al Neuro no se le quita nunca el olor de pieza de la fogata. Ni siquiera cuando se baña en el río.

Así es la casa del Neuro, que tiene muchas otras casas: la de los chanchos, la de los aperos y la casa grande de las papas y la paja: seis casas, sin contar el gallinero. Nada que ver con las casas de Santiago, que son una pura casa chica donde todo está junto y apretado.

Anduve viendo si había una casita para el baño, pero no encontré ninguna, ni menos lavatorios, ni llaves para el agua.

En la noche todo es muy oscuro en la casa de la Blanca. A veces encienden una vela, pero ligerito la apagan, para que no se gaste.

En la pieza de la fogata uno se ilumina con las brasas. La gente es como sombra y uno está calentito mientras afuera hace frío y todo está lo que se llama oscuro.

El año que viene, le voy a traer al Neuro hartas ampolletas y le voy a decir al tío Jorge que ponga alambres hasta la casa de la Blanca. Así no me va a dar tanto miedo cruzar en la noche de una casa a otra mientras espero que el papá y la mamá vengan a buscarme para llevarme de vuelta al campamento.



EL METRO EN RUCAMANQUI

YO ESTOY juntando tarros de conserva para hacer una cosa bien estupenda. Primero, con el martillo del papá, dejo todos los tarros cuadrados; después los entierro entre las mesas. Tomo un alambre, lo enderezco con los dedos y lo pongo encima de los tarros por un lado. Otro alambre que encuentre, lo pongo al otro lado. Así tengo la línea para el Metro; los alambres son los rieles. Ahora me faltan los carros y la gente. Los carros los voy a hacer con varillas de quila y la gente van a ser el Neuro, la Mónica y mi hermana que van andar trotando por encima de los tarros.

El Neuro no puede entender de qué se trata, porque nunca ha andado en Metro, ni en tren, ni en aviones supersónicos. El otro día anduvo en camioneta y era la primera vez que lo llevaban.

El Neuro, en cambio, sabe andar en carreta y hasta sabe manejar. Yo no puedo manejar carreta, porque los bueyes del Neuro son un poco extranjeros y no entienden las cosas que les digo. El Neuro sí que sabe hablar en buey, que es un idioma bien distinto del que hablan los bueyes de la tele y que es el que yo uso cuando quiero caminar con la carreta.

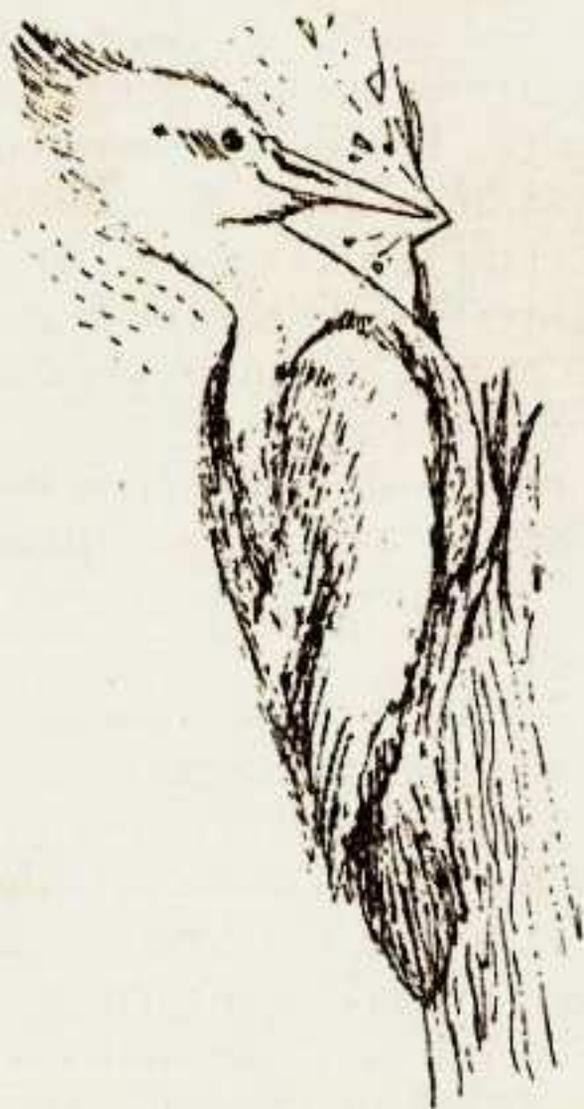
LOS PÁJAROS CARPINTEROS

MI PAPÁ se pasó toda la mañana cortando leña. Pero yo tengo una idea mucho mejor: se puede cortar leña sin hacha y sin nada. Uno llama a todos los pájaros carpinteros que hay en el bosque y les pone la leña ordenadita. Se dejan encima los palos que tienen más gusanos o los que tienen insectos debajo de la corteza. Entonces vienen los pájaros carpinteros y empiezan a darse un banquete y después siguen partiendo la leña y no se dan ni cuenta. Así cuando uno necesita leña para el fuego, nunca le falta y además los pájaros carpinteros encuentran comida sin trabajar demasiado.

Le conté mi idea al Neuro y él me dijo que todo me iba a fallar, porque los pájaros carpinteros eran más lobos que las güiñas y que no estaban para tontos y andar picando leña.

Después en su casa me mostró un martillo de madera, grande pero bien grande, que su mamá y el Luis usan para partir leña. El Neuro, como es chico, todavía no se puede el martillo: pero dice que cuando sea grande va a cortar la leña con un hacha bien afilada o con el martillo de madera grande, que sirve para partir las ramas, y que nunca se le va ocurrir andar buscando pájaros carpinteros ni tonteras por el estilo.

Lo que es yo ando buscando palos con gusanos, y el Neuro se va a caer "de espardita" como él dice, cuando vea el tremendo montón de leña que me van a cortar los pájaros carpinteros. Y si me fallan los pájaros carpinteros, me traigo al Pájaro Loco, que es capaz de botar un árbol en un dos por tres, y no va a tener ningún problema en picarme un montón de leña.



UNA TRAMPA PARA EL ZORRO

TODAS LAS noches, un zorro viene a visitar nuestro campamento. Se pasea por todos lados: desentierra las basuras que el papá enterró, rompe la bolsa de los chanchos de la Blanca y desarbola el cajón de la basura. Si se queda un alimento sin guardar, seguro que se lo come. El otro día se comió hasta unas pasas y se dio un banquete con la esponja con que mi mamá limpia las ollas por dentro.

Hay que ponerle una trampa. Por eso, yo fui al bosque y corté hartos coligües. Los voy a clavar al lado del hoyo de las basuras y voy a dejar una puerta para que pase el zorro. La puerta va a ser corrediza y se va a cerrar con un cordel que yo me voy a dejar amarrado al dedo gordo del pie. Con el mismo cordelito voy a sujetar una piedra arriba de un tronco. Así, cuando mueva el dedo, se va a cerrar la puerta y al mismo tiempo, la piedra le cae encima en la cabeza al zorro. Este sistema me lo enseñó el pájaro loco y a él siempre le resulta y el zorro queda delgadito como una hoja de papel de diario.

El Neuro dice que los zorros no caen en ni una trampa y que hay que cazarlos con perros y escopetas y que es bien difícil. El Neuro se va a caer de espaldas cuando vea el tremendo zorro que voy a cazar el día que despierte por la noche.

Lo único malo es que yo duermo toda la noche de un tirón y no voy a despertar cuando el zorro esté metido en el hoyo.

CLASES DE NATACIÓN Y DE MANEJO

A MI HERMANA le fascinan unos sapitos chiquititos que andan por todas partes. Ella le tiene prohibido a mi papá que los use para pescar. Pero a mi papá no le importa, porque él siempre pesca con pañuelos artificiales: cucharas, caimanes, sapos de goma y pancoras de plástico. Cuando pesca pejerreyes, usa saltamontes, pero igual no pesca nada.

Mi hermana recoge todos los sapitos que encuentra y les habla como si fueran muñecas. Le voy a preguntar a mi papá si los sapos oyen el lenguaje humano.

Además de hablarles, mi hermana les hace clases de natación a los sapitos. Como el río es muy grande y ellos son tan chicos, mi hermana les enseña a nadar en bolsas plásticas. Es mucho más entretenido y los sapitos son bien buenos alumnos; ninguno se ha ahogado todavía. Pero cada vez nos quedan menos bolsas plásticas y parece que luego vamos a tener que enseñarles a nadar a los sapitos en el frasco de la sacarina, donde pueden caber como tres.

El otro día, mi hermana hizo un experimento sensacional. Le enseñó a manejar auto a un sapito. Me robó mi Volkswagen rojo con puertas que se abren y se cierran y metió a un sapito adentro. El sapo comenzó a saltar y el auto partió como si estuviera en India-

nápolis. Hasta que el sapito se cansó y estaba como que se moría. Entonces, mi hermana lo sacó del Volkswagen y puso al sapito en una piedra. Ahí quedó casi sin moverse.

—Otro día te vuelvo a enseñar el manejo—, le dijo mi hermana. Pero el sapito no estaba muy interesado.

El Neuro, en cambio, no toma ningún sapo. Dice que tienen veneno y que hacen salir verrugas en las manos. Cuando un sapo quiere dormir, echa harto veneno por todos lados y él se pone al medio. Si llega una culebra, topa con el veneno y no puede comerse al sapito. El Neuro dice que hay unas culebras que levantan la cabeza y pillan al sapo, pero pobres de ellas si caen sobre el veneno. Ahí nomás quedan. Por eso el Neuro no juega con sapos. Si ve uno, le da un puro piedrazo. Y ahí queda el sapo.



EL OVNI QUE YO CAPTURÉ

HABÍA UN hombre que tenía una fábrica de OVNIS. Hacía OVNIS de todos portes: grandes, chicos, redondos, de todas formas.

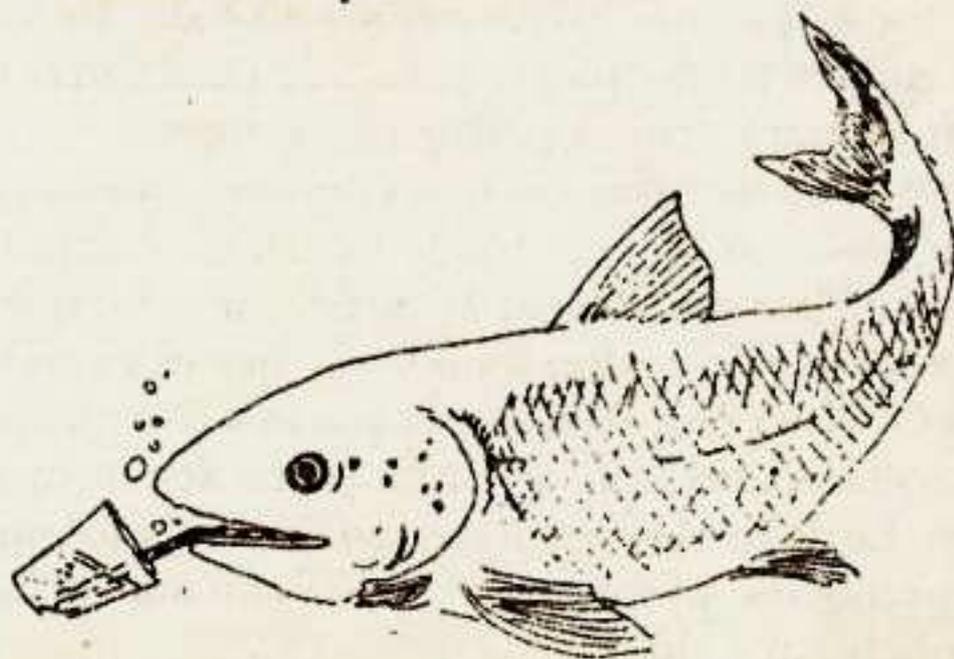
El hombre tomaba los OVNIS que hacía y los escondía entre las nubes. De repente la gente los veía y tenían ganas de capturarlos. Pero el hombre que los hacía era muy pillo. Apenas la gente veía a uno de sus OVNIS, lo hacía explotar y quedaba convertido en una nube.

Pero yo logré capturar uno de esos OVNIS. Primero hice una cápsula nuclear bien grande, que se podía abrir y cerrar bien rápido. Después hice una soga atómica bien larga y partí a cazar al OVNI. Primero lo laceé bien laceadito y lo fui llevando despacito hasta la cápsula nuclear. Abrí la cápsula y lo encerré antes que pudiera explotar. Ahí lo tengo bien guardado y no se lo quiero mostrar a nadie.

Yo creo que pillé ese OVNI por pura casualidad, porque soy muy malo para el lazo. El Neuro sí que es bueno. Le voy a pedir que me enseñe a lacear toros y así voy a poder capturar como trescientos OVNIS. A puro lazo. Facilito.

UN MÉTODO PARA PESCAR TRUCHAS

MI PAPÁ me regaló varios anzuelos. Yo los puse en un sobre de refresco y se me ocurrió una idea: uno hace un buen poco de refresco en un balde y lo pone en el río. Entonces todas las truchas vienen a tomarse un vaso y mientras están tomando refresco de lo mejor, uno le mete los dedos por las agallas y las saca todas para afuera. Lo único malo es que mi mamá no quiere darme diez sobres de refresco para hacer la prueba, porque dice que los tiene racionados. Peor para ella, se va a quedar sin truchas, porque lo que es con los puros anzuelos, todavía no he pescado ninguna, salvo la trucha de cinco kilos, que después de todo se me escapó.



PESCANDO CON GALPONES

EL AÑO pasado vinieron unos señores que pescaban con galpones; no con esos que usan los edificios para que la gente se asome, sino con esos que usan los hombre-rana para disparar debajo del agua.

Los señores que pescaban con galpones eran un poco hombre-rana, porque usaban máscara y se metían debajo del agua, pero no se ponían ningún traje especial: el puro traje de baño y andaban sin balones de gas licuado en la espalda.

Sacaban hartas truchas y bien grandes. Un día sacaron dieciocho truchas grandotas. Mi papá está furioso; dice que es un crimen ecológico, porque esas truchas son las madres de todos los pescados del río y que los va a acusar al que manda en todo Rucamanqui, que es mi tío Jorge, para que nunca más le dé permiso para venir a pescar con galpones.

Mi papá dice que eso no es deporte, que es carnicería, pero yo no veo dónde tienen el mostrador y esos ganchos para colgar la carne, como los que hay en la carnicería de don Ramón. Lo que es yo no hago ningún crimen ecológico, porque lo único que pesco son saltamontes, que son una peste, según dice mi papá. En cuanto a las truchas todavía no pesco ninguna, pero yo las pesco con anzuelo y con nailon, lo que es mucho más difícil.

El Neuro no sabe pescar todavía, pero ya sabe dónde están las truchas y a la hora que pican. Echa una mirada al agua y ve todas las truchas que pasan. Lo que es yo, no veo ninguna. Una vez vi una trucha, y el Neuro dijo que era un pejerrey; la otra trucha que vi, era un bagre según el Neuro.

Yo le dije al Neuro que le iba a dejar mi tarrito y mis anzuelos. Pero a él no le gustan. Quiere un nailon grueso, grueso y una picana bien larga. Cuando tenga el nailon, un anzuelo grande y pueda manejar la picana, va a salir a pescar y no se le va a arrancar ningún pescado, igual que al abuelo Juan.



LA TRUCHA DE CINCO KILOS

EL NAILON que me dio mi papá es bastante bueno. Aguanta mucho. Llegué a la correntada y tiré mi anzuelo. Ahí estaba la trucha de cinco kilos. Antes de que el anzuelo cayera al agua, dio un salto como de diez metros de altura y se tragó el cebo. Y empezó a tirar y tirar. Yo me eché para atrás y traté de sacarla como el abuelo Juan, pero el nailon se me acabó. Yo no quise soltar mi tarrito, pero la trucha tenía tanta fuerza que ¿saben qué pasó? Que me tiró al agua. Y yo no solté mi tarrito. La trucha empezó a nadar como a diez mil kilómetros por hora. Pero yo me paré encima del agua, y empezamos hacer esquí acuático por todo el río.

Al fin llegamos a la poza grande. Ahí la trucha se metió debajo del agua, hondo muy hondo. Entonces yo me puse mi traje de hombre-rana y bajé con ella, había muchísimas cosas debajo del agua: rocas, troncos cavernas subterráneas y muchos pescados. Los pescados se andaban paseando: el papá, la mamá y los pescaditos chicos. Yo los saludaba y les decía:

—¡Hola, pescados!

Ellos me saludaban con sus aletas y seguían paseando.

La trucha volvió a subir y de repente soltó el nailon. Tuve que nadar hasta la orilla.

¡Y saben lo que había pasado! Que la trucha de cinco kilos me había comido el cebo.

—¿Ves, Neuro? La trucha me dejó el anzuelo peladito.

—Pa mí que la langosta se la llevó el agua —me contestó el Neuro.

NOTA: El papá es bien mentiroso. Dice que yo le conté lo de la trucha. No es cierto. Yo le conté que anduve haciendo esquí acuático, pero no con una trucha. Fue con dos delfines y no fue aquí en Rucamanqui. Los encontré dormidos en la playa de Quintay. Me acerqué despacito con la cuerda de los esquíes; hice unas riendas y se las puse en la boca. Los delfines seguían durmiendo. Entonces yo les dije:

—¡Arre! ¡Arre!

Y los delfines partieron por el mar. Y no chocamos con ninguna cosa, porque los delfines iban emitiendo señales telescópicas.



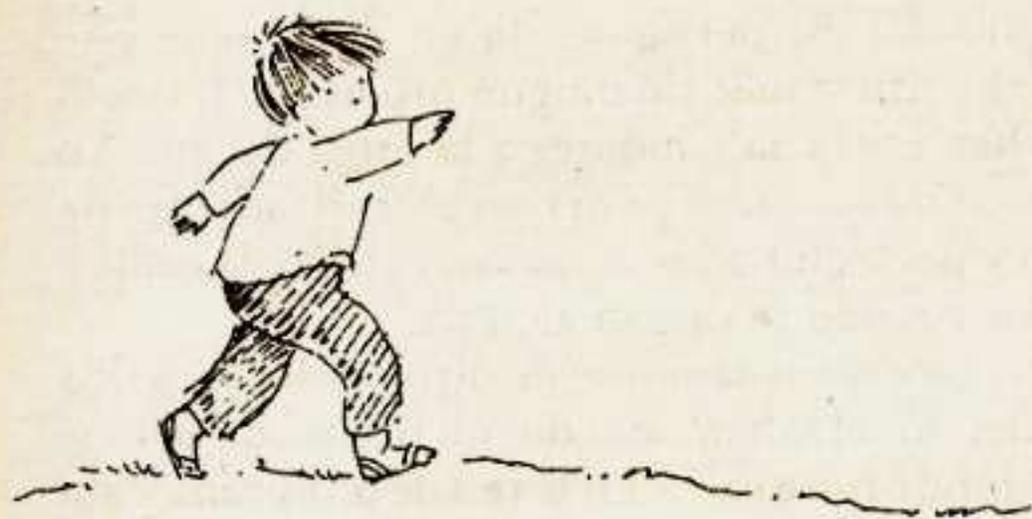
LA PEPA DE ORO

YO TENGO un amigo, Gabriel, que es geólogo y sabe el contenido de todas las piedras. Cuando él no está, yo le tomo un martillo que él tiene para picar las piedras y hago hartas investigaciones. Primero descubrí unas piedras con un núcleo de cobre y después una pepita de oro.

La pepa de oro está en una piedra, al medio del río. Ahí tengo yo mi base de submarinos nucleares y además la uso para tomar el sol. Así fue como descubrí la pepa de oro. Me subí arriba de la roca para ver y ahí estaba la pepa. Fui a buscar el martillo con la pica para sacarla, pero no resultó. El martillo se salió y casi se cayó al río, y la piedra no quiso soltar su pepa. Yo creo que hay que ponerle una explosión para que queden puros pedazos y después se busca la pepa de oro hasta que se la encuentra.

Yo le muestro al Neuro las piedras que encuentro: tienen núcleo de cobre, o son piedras con fuerza magnética, porque tienen fierro; también le mostré al Neuro unas piedras que son meteoritos y que cayeron del cielo o las trajeron los marcianos en un viaje espacial. El Neuro dice que son piedras no más y que igual sirven para tirarlas. Dice también que el saco de piedras que tengo guardado no es ningún tesoro.

Yo le digo que las voy a llevar a Santiago y las voy a poner en un museo. El Neuro no dice nada, porque no sabe lo que es un museo, pero igual piensa que estoy loco y que mi papá no va querer llevar tanta piedra a Santiago y que allá nadie va a mirar mis piedras que, total, son iguales a cualquier piedra aunque yo diga que tienen núcleo de cobre y circuitos magnéticos.



UNA TRAMPA PARA SALTAMONTES

AYER FUIMOS a cazar saltamontes al potrero alto. Casi no cazamos ninguno, porque los saltamontes saben cómo arrancarse.

Pero yo inventé una trampa para los saltamontes. Primero se pone una red sobre todo el potrero, que quede todo tapado, sin ningún huequito. Después en la punta se ponen hartos tractores, uno al lado del otro. Si faltan los tractores, se pueden poner máquinas trilladoras. Después, empiezan a andar los tractores y las cosechadoras y los saltamontes tienen que arrancar nomás hacia el fondo del potrero. Entonces, uno se pone con un tarrito y va cazando todos los saltamontes que van arrancando de las máquinas. Es bien fácil.

El otro día iba persiguiendo un saltamonte y se cayó al río. Ahí lo pillé sin ningún problema. Lo malo es que hay pocos saltamontes a la orilla del río. Yo creo que sería bien fácil poner un potrero adentro de un lago y perseguir a los saltamontes hasta la orilla y pescarlos cuando se caigan al agua.

Ayer, cacé un saltamonte de otro modo. Yo lo iba persiguiendo; el saltamonte dio un tremendo salto y, ¿saben dónde fue a caer? En la red de una araña y ahí quedó completamente atrapado. Entonces a mí se me ocurrió que en lugar de las trilladoras y los tractores, yo podía cazar hartas arañas y ponerlas a hacer telas por todos lados. Así no hay ningún problema para pescar saltamontes. Ahora mismo me pongo a cazar arañas.

LA BALSA DE ODISEO

HOY SALÍ a navegar en la balsa de Odiseo. El Neuro quiere que se la preste, pero yo le dije que él era Polifemo y que nunca le prestaría mi balsa. Total, el Neuro se enojó y empezó a tirarme piedras mientras yo navegaba por el medio del río.

—Soy Odiseo, rey de Itaca, hijo de Laertes, padre de Telémaco, esposo de Penélope— le grité al Neuro.

El Neuro empezó a tirarme piedras más grandes. Igualito a Polifemo, y yo, aprovechando las piedras que caían detrás de la balsa, caminaba más rápido que lancha del cangurú Daikirí en el Mississipi.

Yo le dije a mi papá que me hiciera la balsa de Odiseo con una casita arriba para andar por las selvas tropicales, pero los coligües que habían dejado los scouts no alcanzaban.

El Neuro dice que no es balsa: que es una zaranda para colgarse en la cocina; que ahí se pone el pan para que crezca. ¿Será? ¿No? Yo nunca he visto crecer el pan.

El Neuro se quedó calladito cuando echamos la balsa al agua y resultó que flotaba, aunque parecía zaranda. Claro que no es zaranda: es una camilla de la India de esas que se usan en lugar de elefantes. Antes de echarla al agua, subimos al Ismael arriba de ella y lo paseamos por todo el campamento, porque la balsa

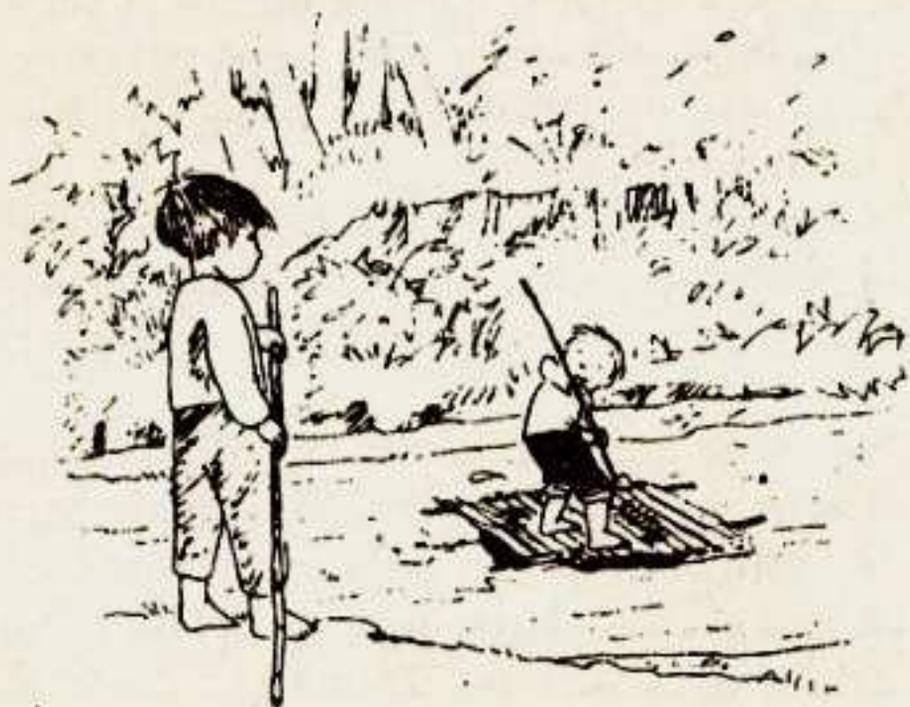
son dos palos largos con hartos palos más cortos atravesados amarrados con nailon de pescar.

Como la balsa se hundía en el agua, mi amigo Gabriel, el geólogo, le puso un neumático debajo, y mi papá le hizo un remo con dos tarros de conserva aplanados a martillazos y amarrados a un coligüe.

Con la balsa de Odiseo voy a andar por todo el río Cholguán: por las pozas y las cascadas. Cuando volvamos la voy a llevar a mi casa y la voy a guardar para navegar en la laguna de Aculeo y en el mar. Cuando no la use para navegar, se la voy a prestar a mi Nana para que ponga higos a secar.

—Amigo, préstame la balsa de Odiseo— me dice el Neuro.

Como él me dio una pata de chivo, a lo mejor olvido que es Polifemus y le presto un ratito la balsa de Odiseo. Para que la pruebe, nada más.



EL MISAEL

EL MISAEL se va la próxima semana. Se van todos: el papá, la mamá, el hermano chico y el Misael. Va a venir un camión del fundo y se va a llevar todas las cosas.

La Blanca dice que ella está bien, porque tiene casa, huerta, goce, trigo, harina, dos bueyes, una vaca con ternero, una yegua sin potrillo y ocho ovejas trasquiladas. Dice que el bisabuelo Juan es pobre, porque no ve el pan y tiene que vivir con su pensión del Seguro; pero que no está tan mal, porque tiene casa con parrón, cuatro chanchos capados, una huerta arriba y otra abajo y nadie se la gana a sacar pescados del río Cholguán. Pero que la familia del Misael es pobre, pobre, porque no tienen ni huerta, ni goce, ni pan, ni nada. Pero yo veo que tienen muchas cosas: un gato que maúlla todo el día, dos perros bien bravos, un chanco corredor y dos gallinas lobas. Tienen una casa de tapas y un patio con dos choclos y un tomate. Agua no tienen. La del río no más, que está como a dos cuadras. El papá no trabaja porque es viejo. La mamá no trabaja, porque es señora. El Misael y su hermano grande no trabajan, porque no les interesa; el hermano chico no trabaja porque es niño.

El papá del Misael vino a un banco de madera hace como veinte años. Con las tapas que sobraban se

fabricó una casita. Cuando se acabaron los árboles y el banco se fue para otro lado, el papá del Misael se quedó con su familia. Los otros se fueron, pero él no se movió. Ni trabajó nunca más. Se puso jubilado y se volvió un viejito. Como ya no trabajaba, le dejaron de dar trigo, harina y pasto para vacas. No puede sembrar ninguna cosa ni hacer huertas regadas.

Como tenía un hijo grande, le dijeron que él podía salir a trabajar. Pero el hermano grande del Misael no le da por el trabajo: le gusta pescar para llevarles truchas a las niñas que después salen con niñitos, o jugar al fútbol, o correr en carreras de caballos, o botar robles para sacar las pajaritas, o encontrar gallinas perdidas para comerlas en cazuela. Total que, en lugar de ser trabajador, terminó echado: todo por culpa de los robles. El tío Jorge dice que nadie bota robles en la hacienda, por ningún motivo, y el que los bota, se va. Y como el hermano grande del Misael botó como tres robles, el tío se enojó y le dijo que se fuera: que ni siquiera trabajaba y que hacía puras diabluras. Entonces, el hermano del Misael se fue, pero viene casi todos los días: a pescar, a buscar moras, a sacar conejos de los huachis que ponen los Sanhueza o a "revolverlas", como dice él. A veces lo invitan a comer, a tomar once, a jugar fútbol.

—Éste se deja querer— dice la Blanca.

El Misael quiere ser igual que su hermano. Fue como seis años a la escuela, pero no aprendió a leer. Es bueno para pescar, para cazar pájaros con honda y para andar a caballo. Él sabe dónde están los "coigües", que son unas flores que se comen y dónde hay

unos perales que no son de nadie. Ayer anduvo de paseo todo el día y volvió bien tarde con una bolsa llenita de peras verdes. Dice que es cuestión de ir a sacarlas no más, porque no hay nadie que las cuide.

Pero todo se va a acabar la próxima semana.

—No pueden vivir en la Hacienda sin hacer ninguna cosa— dijo el tío Jorge. Son los únicos en toda la Hacienda. Hace cuatro años que les dije que se fueran. Ahora, hasta les busqué un trabajo bastante bueno como cuidadores de una parcela. Y más encima el otro grandote se dedica a hacer diabluras. Tienen que irse, y así no más va a ser.

Ayer se fue el Misael con toda su familia. El hermano grande no vino; cuando hay trabajo, nunca se aparece. La Blanca, el Luis, el Misael y hasta el Neuro y yo ayudamos a los viejitos. Primero, desarmamos la casa. Costó bien poco. En un ratito, la convertimos en un montón de tapas y unas pocas latas. Ni puertas tenía la famosa casa.

Cuando llegó el camión del fundo, todo estaba listo. Primero, subimos las tapas y las latas. Después, acomodamos las cosas; dos colchones, dos ollas, tres platos con hartas saltaduras, una tetera negra y casi nada más. Las gallinas iban con las patas amarradas y abrían y cerraban los ojos sin mirar a nadie. Los perros subieron ladrando. Lo más difícil fue subir al chanco; tuvieron que meterlo adentro de un saco; después lo dejaron amarrado entre las gallinas y las tapas. A la gata no pudieron encontrarla. Al final se fueron sin ella. En la cabina iba el papá, la mamá y el hermano chico. El Misael iba atrás con los perros, las

gallinas y el chanco. Los viejitos iban bien callados; no miraban para ningún lado.

—Vamos— dijo el papá.

—Vamos— dijo la viejita.

—Los juimos, mi alma— dijo el Misael.

Cuando el camión se fue, sólo quedaban unos cuantos palos parados, todos negros, unos zapatos viejos, muchos alambres todos amohosados, la batea de madera donde comía el chanco, hartos pedazos de tablas y un carrito con una pura rueda.

El Neuro y yo nos pusimos a buscar tesoros. Encontramos puras mugres, hasta que el Neuro descubrió la otra rueda del carrito, bien lejos de la casa metida entre unas moras. Pero el carrito no tenía ejes y lo mismo no servía para nada, porque no había dónde afirmar las ruedas.

Al rato volvió el Luis con el martillo de la leña y a martillazo limpio botó los palos parados que quedaban de la casa.

—Ahora vamos a arreglar esta mugre— dijo Luis, y empezó a trabajar con el carrito. Con un palo redondo y muchísimos alambres logró poner las ruedas, y el carrito caminaba.

Yo me subí arriba y el Neuro empujaba. Después llegaron la Mónica y mi hermana, y también quisieron andar en el carrito. Cuando se subió el Ismael, tuvimos que empujar el Neuro y yo. Ahí fue cuando el Luis se aburrió.

—Yo no arreglé ná el carro pa que anduvieran lesiando— dijo bien enojado. —Vamos a llevar todos estos palos pa la leña.

Entonces el Neuro y yo, dejamos de empujar y, como si fuéramos el hombre nuclear, cargamos el carrito con un montón de palos negros. Quedamos todos tiznados.

—Ahora, a llevar todo a la casa de la Blanca.

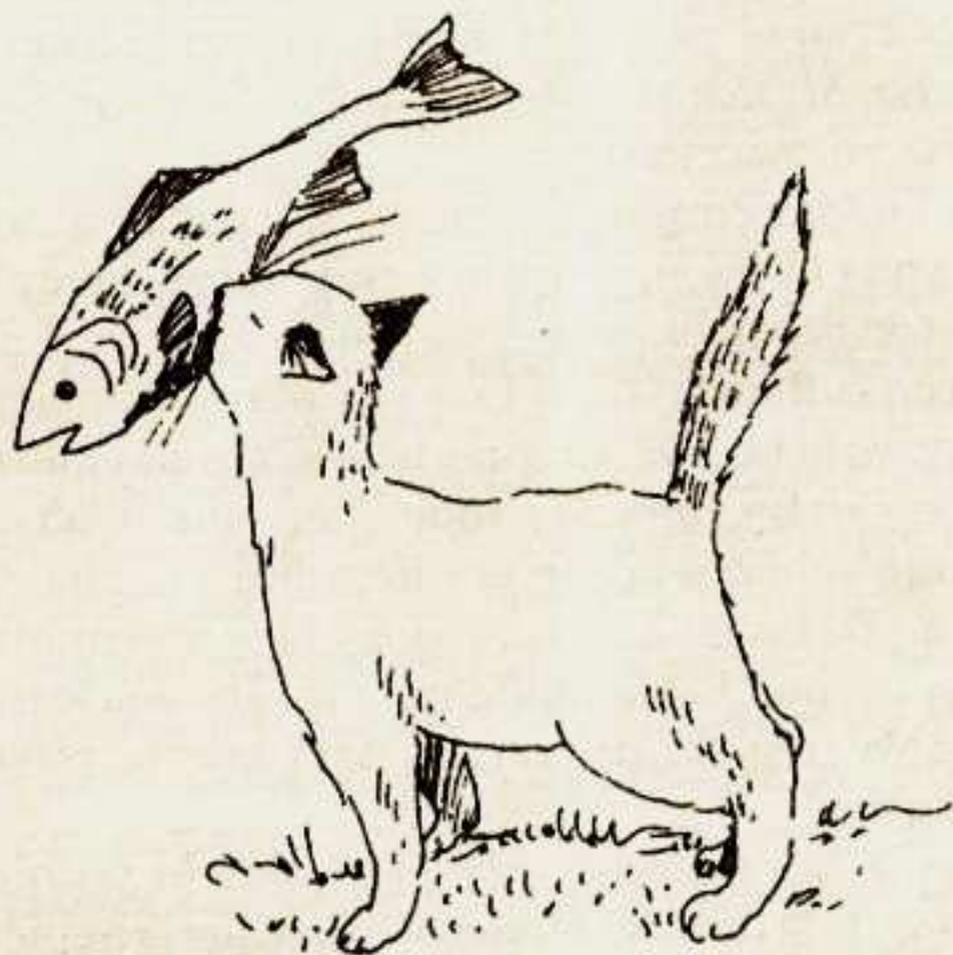
Todos nos pusimos a empujar o tirar. Hasta el Ismael. Atravesamos el potrero felices hasta que llegamos a la cuesta. Y hasta ahí no más llegamos. El Luis fue a buscar a la Blanca. Detrasito de nosotros aparecieron el papá y la mamá. Traían la batea del chanco. Mi mamá quería llevarla a Santiago y convertirla en macetero.

—Todos a empujar— dije yo. Y el papá y la mamá dejaron la batea en el suelo y empezaron a empujar junto con nosotros, pero el carrito no se movía. En eso llegaron la Blanca con el Luis y ayudaron también. Y ahí estuvo lo bueno. Yo conecté mis cápsulas radiactivas y el carrito empezó a subir como que volaba. En un ratito subimos la cuesta y llegamos a la casa de la Blanca. Todos estaban cansados y bien traspiraditos, menos yo, que había usado mis cápsulas nucleares y me había colgado del carrito para que se volviera radiactivo.

Desde la casa de la Blanca se veía lo poco que quedaba de la casa del Misael. Parecía que la hubieran atacado los apaches.

En la noche, la gata del Misael maullaba desesperada por el bosque buscando la casa y a la familia. Como no encontró ninguna cosa, se fue al campamento de nosotros y se banquetó con la última trucha que había pescado el papá. Cuando el Misael

venga a visitarnos, le voy a devolver su gata y le voy a decir que me regale un pescado para reemplazar la trucha que se comió la gata.



LA VISITA

RESULTA QUE mañana nos vamos. Casi todas las cosas están empaquetadas. Sentimos unos perros y es don Juan que viene a vernos.

Mientras mi mamá termina de guardar la ropa, don Juan y mi papá conversan.

El abuelo Juan tiene muchos tesoros. El que más quiere es un pedacito de piedra de centella. Las centellas son como puñalitos que andan por el aire. Son capaces de atravesar un roble y de matar un cordero. Si un cristiano topa con una centella, es hombre muerto. Después que pasa por un árbol o por un animal, la centella se apaga. Algunas quedan enteras, pero casi todas se rompen. El pedacito de centella que tiene don Juan es de una que se rompió. Todavía no ha podido encontrar una entera.

Los rayos son otra cosa. son como chuzos. Si caen sobre un roble, no sólo lo atraviesan: lo parten y lo quemán. Si caen sobre un animal o sobre un hombre, no queda ni el recuerdo. Los rayos siempre caen sobre un árbol, una persona o una bestia. Nunca sobre el pasto o las piedras. Tienen buena puntería de allá arriba. No fallan nunca. Los rayos, sí, que se hacen tira cuando caen. Tiritas. No queda nada. Nadie ha podido encontrar ni siquiera un pedacito. Este año la pesca ha estado mala. No es como otros tiem-

pos. Ya no siembran más pescados en el río. Cuando venían de Polcura y ponían alevines, el río se llenaba de pescados. En los meses de invierno, don Juan sacaba ochenta y más pescados cada día. Y el que menos, sacaba treinta y cinco. Eran otros tiempos. Claro que andaban diciendo, los mismos caballeros de Polcura, que la veda, que el desove, que era una maldad muy grande. Pero igualito caían los pescados. Quizás por qué, los de Polcura se cansaron y nunca más pusieron alevines en el río. Vaya a saber uno. Y con las jubilaciones que ya no alcanzan para nada, sobre todo ahora que vendieron el fundo los Cabeza. Don Juan está atingido, pero donde manda capitán no manda marinero, y don Jecho no se va a olvidar de él, porque hasta ahora nunca se ha olvidado.

Era ya bien tarde cuando don Juan se fue. Yo me puse a buscar entre los robles a ver si encontraba una piedra de centella, enterita, para dársela a don Juan.



CUANDO YO SEA GRANDE

CUANDO SEA grande, voy a ser periodista de esos que salen con una grabadora cada vez que hablan las personas importantes. También tendré una cámara para sacar fotografías macanudas de choques, incendios, terremotos, erupciones de volcanes y casas inundadas. Los sábados y los domingos voy a transmitir partidos de fútbol, carreras de motos y campeonatos de bicicross. También voy a trabajar como animador de festivales. Ustedes prenden el televisor y ahí estoy yo con una camisa con flecos y un micrófono en la mano. Primero anuncio a todos los artistas. Señoras y señores, hoy nos honra con su presencia un gran cantante internacional que ya se ha ganado diez gaviotas y le quedan muchas por ganar... Y van saliendo los artistas con unos trajes que brillan por todos lados y bajan por una escalera con luces que se prenden y se apagan. Luego vienen los concursos: pregunto por el animal más saltón del mundo y si adivinan que es la pulga, les regalo un auto último modelo. Les pido que abran una puerta: si tienen suerte, les toca una casa enterita; si son de los quemados, abren la puerta y se ganan una linda cucharita de té con tres bolsitas. Al final, me pongo un sombrero de paja, tomo un bastón y bailo mejor que un conejo que sale en los monos animados.

En las noches, voy a trabajar con una máquina de escribir eléctrica. Tecleo y tecleo y van saliendo las noticias: guerras, explosiones, satélites que viajan, artistas que se casan, el alza del costo de la vida y la última canción del Zalo Reyes.

Lo único malo es que recién aprendí a leer y a escribir, y mi profesor, el tío Marcelino, dice que soy muy atolondrado y que si no corrijo el lenguaje, me va a poner un cuatro en Castellano, y que con esa nota, no llego ni a aguatero de la Católica, que es el equipo que me gusta. Que ni sueñe con entrar a periodismo. Yo digo que no importa, porque cuando estudie periodismo, voy a ser grande, y no chico como ahora, y entonces ya no seré atolondrado, porque me voy a mejorar del seso y seré igual a todas las personas que han crecido.



CUANDO EL NEURO SEA GRANDE

AL NEURO le falta bien poco para ser grande. Unos cuantos años más y está listo.

En la escuela de la tercera están esperando al Neuro para enseñarle el uso de la be larga y la ve corta, la formación de los conjuntos vacíos y los componentes del sistema digestivo. Cuando llegue marzo, el Neuro tendrá que andar cuatro kilómetros todos los días hasta llegar a la escuela.

Ahí lo esperan las letras, los números, el acto cívico de los lunes, las clases de educación física y la de técnicas especiales. Lo malo es que al Neuro no le importan las letras. Le da lo mismo que vaca se escriba con ve corta o con la be larga; mientras sepa arrear vacas, lecharlas y pillarlas con un lazo, todo anda bien para el Neuro. El otro día, el Neuro ayudó a carnear el chivito que nos comimos para su cumpleaños. Yo veía puras porquerías; el Neuro le conocía todos los secretos al chivito: sabía dónde estaban los bofes, las criadillas y las tripas. Cuando sea grande, el Neuro va ser muy capaz de carnearse un chivo, un chanco o una vaca, aunque nunca se haya aprendido de memoria los componentes del aparato digestivo.

Yo creo que sería muy bueno que el Neuro aprendiera hartas matemáticas. Le serviría para sacar las cuentas y para calcular la cosecha de las papas. Pero el

Neuro dice que para calcular las cosechas, no se saca nada con los números. Él mira el cielo, toca la tierra, huele las hojas que brotan y dice: No va estar ná muy buena la cosecha.

Yo aprendí a formar conjuntos con un libro y un cuaderno. El Neuro se sabe todos los conjuntos sin ningún tío Marcelino que defina los conjuntos vacíos. Cuando se trata de plantas, de animales, de herramientas, de gritos de pájaros y de huellas en la tierra, el Neuro nunca se equivoca: es como tonto para los conjuntos, pero no hay que decirle nunca que un conjunto se aprende con un libro y un cuaderno.

A mí me gusta mucho la clase de educación física. Damos tres vueltas al patio del colegio y nos ponen un siete en resistencia. El Neuro nunca ha dado vueltas por un patio, pero es capaz de correr todo el día. El tío René de mi colegio dice que trotando y haciendo ejercicios vamos a lograr un buen estado físico. El Neuro no hace ningún ejercicio; pica la tierra, acarrea sacos, se sube a los árboles, pilla a la chancha, cruza el río Cholguán a toda carrera, anda a caballo, corta leña y acarrea carretillas. Si lo viera el tío René, seguro que le encuentra buen estado físico, aunque el Neuro no sabe lo que es activación general y precalentamiento.

En técnicas especiales, el tío Eduardo nos enseña artesanías. En segundo, me toca hacer una bandeja de madera terciada o una tabla para el queso. El Neuro no es de artesanías. Arregla cercos, les pone mangos a las palas, corta tablas para tapar los hoyos

que hicieron los chanchos, hace jaulas con palitos y está juntando cueros para hacerse un lazo.

Cuando sea grande, el Neuro va a ser como el Luis. Si llega a faltar una cosa, la hace: con alambres, con palitos, con cueros, con plumas de gallina, con herramientas rotas, con los huesos del esqueleto de una vaca. Nunca faltan materiales ni herramientas.

El Neuro no tiene idea de la reproducción asexual de las plantas por esquejes, rizomas, mugrones y estolones. Yo las aprendí en una guía de Ciencias Naturales y me saqué un siete. No tuve necesidad de mirar ninguna planta. En la guía estaba todo, y yo soy como bala para marcar alternativas. Aquí en Rucamanqui, con el Neuro las cosas son distintas. El Neuro mira la tierra y dice:

—Aquí va salir un álamo. Esos se vienen por debajito de la tierra.

El Neuro se tiende en el pasto y siente como cada matita va ocupando cada vez más tierra.

El Neuro me enseñó que si uno entierra una varita de sauce al lado de una acequia, brota un sauce completito. Yo le dije que eso se llamaba reproducción de las plantas por esquejes. El Neuro me dijo que aquí no le tenían ningún nombre, pero que él tenía plantados como treinta sauces.

Lo que aprendí en la guía, me quedó clarito con el Neuro. Yo miraba las letras, las palabras. El Neuro mira las plantas, se tiende en la tierra, huele el aire, entierra un palito y le brota una mata.

El otro día estuvimos mirando la siembra de trigo de la Blanca.

—Está macolladito— dijo el Neuro.

Yo no entendí nada. En mi guía no se hablaba de macolla ni de ninguna palabra parecida.

Mi papá dice que la escuela debería ser muy distinta para el Neuro. Pensada para él especialmente. Pero resulta que en su escuela enseñan las mismas cosas que en mi colegio de Santiago. Para mí que el Neuro no se va a sacar muy buenas notas. Claro que si le preguntaran las cosas del campo, él sabe más que todos. En las cosas del campo, yo le pondría al Neuro puros siete.

Cuando sea grande, el Neuro quiere trabajar en la Cuarta. Ahí va a tener su casa, sus animales y su goce. Cuando tenga 18 años, se va a casar con una de las hermanas de los Sanhueza, o con otra de las niñas de 5 años que andan por estos lados. Ligerito, le van a llegar hartos hijos, igualitos a él, y hartas niñas, igualitas a la Mónica y la Cleme.

Todas las mañanas, el Neuro se va a levantar tempranito para tomarse un rico desayuno de té puro y tortillas al rescoldo. Luego, con su pala al hombro, partirá a regar el potrero del Alto, seguido por dos perros, como su abuelo Juan. Otros días, saldrá a caballo a recorrer los caminos y a mirar cómo crecen las siembras o por dónde andan las bestias. En tiempos de cosecha, va a enyugar los bueyes y a cargar la carreta con sacos de papas o de trigo. Luego viajará hasta el molino para que le muelan el trigo o hasta la Cooperativa para que le compren las papas. Ese día, en la tarde, partirá de vuelta a su casa de la Cuarta con

una pala nueva, tres kilos de azúcar y muchos paquetes de té.

Cuando ya esté oscuro, en una vuelta del camino, verá que está brillando el fuego en la pieza de la fogata y sabrá que ahí estarán su señora y sus hijos, esperándolo calentitos y muertos de sueño al lado de las brasas.

Cuando el Neuro sea viejo, será abuelo y bisabuelo de muchos niños de la Cuarta, pero igual todos los días se levantará tempranito y con su pala al hombro y sus dos perros, se irá al potrero del Alto a echar el agua. Y mientras el agua corre despacito por las siembras, el Neuro mirará las nubes, sentirá el canto de los pájaros y pensará en los muchos años que ha pasado en la Cuarta, regando y regando, viendo cómo crecen las plantas y el tiempo se va.



EN SANTIAGO OTRA VEZ

AYER LLEGAMOS a Santiago. Como mi hermano y yo llegamos dormidos, nos perdimos Quincy y "Vamos a ver".

Dormimos en nuestras camas y nos olvidamos de las carpas y los sacos de dormir.

El campamento debe estar solo, bien solo. A lo mejor, el Neuro lo anda recorriendo a ver si dejamos algo olvidado. Yo creo que no va a encontrar nada, porque el papá revisó todo. Ni se nota que estuvimos un mes acampando. Todo quedó limpio como si nadie hubiera estado. Claro que el Neuro, como es rastreador, va a descubrir las huellas que dejamos. Y el lunes, cuando vaya por primera vez a la escuela de la Tercera, seguro que va a seguir la huella de la renoleta.

La Blanca y la Mónica nos estaban esperando en la tranca. El Ismael estaba jugando con el perro chico y el Neuro, como siempre, estaba por ahí escondido, calladito. Apareció el Luis con dos tortillas calientitas. Las últimas. Entonces la Blanca llamó al Neuro: Nos despedimos de mano. Mi mamá le dio un beso. Mi papá le dijo: Hasta luego, gran Alfonso. Mi hermana lo abrazó. No dijo nada.

Cuando la renoleta dio la vuelta, lo vi arriba del cerco. Nos estaba haciendo señas con la mano.